José Fernández del Villar

La educación de los padres

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
Calle del Prado, 24
1931

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laeducacindelosp00fern

LA EDUCACION DE LOS PADRES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvêge et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, 1930, by José Fernández del Villar.

LA EDUCACION DE LOS PADRES

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

José Fernández del Villar

Estrenada en el Teatro Eslava de Valencia, la noche del 21 de diciembre de 1929, y representada por primera vez en Madrid, en el Teatro Alkázar, la noche del 31 de Enero de 1930

SEGUNDA EDICIÓN

Imperio Gráfico — Tutor, 59
MADRID
1931

A Luis Fesser y Reyna

espíritu sutil y delicado, fino ingenio, corazón generoso.

Con el entrañable afecto de su verdadero amigo, que le abraza,

J. Fernández del Villar

725335

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES	
	En Valencia	En Madrid
VENANCIA	Consuelo Esplugas.	Consuelo Esplugas.
MANUELA	Hortensia Gelabert.	Hortensia Gelabert.
CANDELAS	Carmen Sanz.	Carmen Sanz.
LA MARQUESA DE RONDA	Luisa Puchol.	Luisa Puchol.
TITI	Elvira Iparraguirre.	Gloria Martinez Sierra.
VICENTA	Elena Granda.	Elena Granda.
LA MADEMOISELLE	Irene Ríos.	Irene Ríos.
SEVERIANO	Juan Bonafé.	Juán Bonafé.
ISIDRO	José Calle.	José Calle.
DANIEL	Tino Rodriguez.	Tino Rodriguez.
ESTEBAN	José Orjas.	José Orjas.
EL MARQUÉS DE RONDA	Mariano Ozores.	Mariano Ozores.
TOTO	José Guijarro.	Enrique San Miguel
VALLEJO	Andrés Novo.	Andrés Novo.
BARTOLO	Alberto Sola.	Alberto Sola.
EL PRECEPTOR	Manuel Fernández.	José Guijarro.

LA ACCIÓN EN MADRID.—ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, del lado del actor

Acto Primero

Una habitación, baja de techo, que hace oficios de comedor y de antesala, en el piso entresuelo que en la popular calle de Toledo, en Madrid, ocupan, desde hace años, Severiano y su esposa Venancia. Al foro, dos balcones, que dan al exterior. A la derecha, en primer término, del escenario al foso, hueco de escalera de servicio que conduce a la tienda de curtidos, que en la planta baja de la finca se supone que tiene establecida el matrimonio. A la izquierda, dos puertas correspondientes a otras tantas alcobas, A lo largo del foro un pasillo que comunica, por la derecha con el interior de la casa y que por la izquierda lleva a la calle. En el centro de la escena, una mesa camilla y pendiente del techo, sobre la mesa, una lámpara de luz eléctrica. A la derecha, en segundo término, entre el pasillo del foro y el hueco de la escalera, un aparador. Junto al aparador, en la pared, aparato de teléfono automático. Alfombra de cordelillo, silleria de madera. Visillos en los balcones. Comienza la acción en la mañana de un dia, crudo y desapacible, de mediados de Diciembre.

(Al levantarse el telón aparecen en escena VENANCIA, mujer cincuentona, pero todavia fresca y apetecible, más madrileña que la Puerta del Sol, y VALLEJO, un agente de negocios, hombre de cuarenta y tantos años de pelo gris y bigote mordido. Ambos están sentados a la mesa camilla sobre la que se destaca la voluminosa e imprescindible cartera de Vallejo, donde éste guarda los documentos y papeles de sus clientes. Venancia

viste un traje de casa, de color oscuro, y un jersey de lana y Vallejo un traje de calle corriente y un abrigo claro con cuello de piel de conejo.)

VALLEJO. Pues, verá usted, señora Venancia; se trata...

VENANCIA. Aguarde usté un momento a que venga mi marido, que sin que él esté presente, yo no quiero saber na de negocios. (Alzando la voz.) ¡Severiano! (Dentro, hacia el primer término izquierda, se oye la voz de SEVERIANO.)

SEVERIANO. (Dentro.) ¿Qué pasa?

VENANCIA. ¡A ver si acabas, hombre, que está aquí el señor Vallejo esperándote hace más de una hora!

SEVERIANO. (Dentro.) Dile que se siente.

VENANCIA. Ya se ha sentao. ¡Te creerás que le iba a tener de pié to el rato!

SEVERIANO. (Dentro.) Pos dale «Gutiérrez», pa que se entretenga.

VENANCIA. ¿Qué dices que le dé?

SEVERIANO. (Dentro.) ¡«Gutiérrez»! O el «Buen Humor».

VALLEJO. Muchas gracias, señor Seve. No se preocupe. Prisa no traigo.

SEVERIANO. (Dentro.) Ahora salgo, amigo Vallejo. Perdone usté.

VALLEJO. ¡De nada!

VENANCIA. ¡Más calmoso es pa vestirse!... Y hoy, que se estará poniendo de pontifical pa recibir a los chicos...

VALLEJO. Pero ¿llegan hoy sus hijos?

VENANCIA. Esta mañana, si Dios quiere; mi Esteban de Londres y mi Manuela de París.

VALLEJO. ¿Terminaos sus estudios?

VENANCIA. Por completo. ¡Mentira me va a parecer verles, después de diez años de ausencia!...

VALLEJO. Ya, ya. ¡Cómo pasan los dias! Vendrán hechos un hombre y una mujer.

VENANCIA. ¡Figúrese! Quince años tenia el chico cuando se marchó y catorce la chica... Póngales usté diez encima y ¡a ver! A lo mejor, ni les conozco.

VALLEJO. Diga usté, señora Venancía, pero ¿es que

en todo ese tiempo, no han ido ustedes a visitarles ni una vez, por casualidad?

VENANCIA. No señor.

VALLEJO. ¿Y eso?

VENANCIA. ¡Cualquiera dejaba abandonao el negocio! Ya ve usté que ni a la Estación voy a esperarles por lo mismo.,.

VALLEJO. ¿Estando el Daniel?

VENANCIA. Daniel es muy listo, si señor, y no hay quién lo discuta, —ya ve usté si será listo que, de chico que entró pa barrer la tienda, hoy es el encargao, —pero no basta. Eso por una parte, y por otra, que no sabiendo ni Severíano ni yo jota de inglés y de francés más que las cuatro palabras que conoce to el mundo, monsieur madame, merci, bon soir y allons enfants de la patrie, que no es así como pa ponerse a discutir con Poincaré, ¿me quiere usté decir que pito tocábamos nosotros en el Extranjero?

VALLEJO. Y ¿pa qué están los intérpretes?

VENANCIA. ¡Déjese usté de músicas! Ni a mi marido ni a mí, nos ha gustao nunca hacer el ridi. La prueba es la modestia con que vivimos, teniendo lo que tenemos; que otro cualquiera en nuestra posición, en seguidita iba a llevar nuestra vida.

VALLEJO. ¡Mucha verdad señora Venancia!

VENANCIA Dándolas de marqués y escupiendo por un colmillo estaria a estas horas.

VALLEJO. ¡Seguro!

VENANCIA. Y a nosotros, en cambio, ya nos ve usté: ni un lujo, ni un capricho... ¡Na! Severiano con su hongo los dias de gala y yo con mi mantón alfombrao. Y nuestra tiendecita abajo, en la calle de Toledo, igual que siempre; como si no hubiese habido guerra europea, ni hubiésemos vendido a los franceses los curtidos a peso de oro, ni los buenos negocios proporcionaos por usté nos hubieran dao a ganar cerca de dos millones de leandras; sin salirnos del tiesto y en nuestra propia esfera. ¡Como tiene que ser, señor!

VALLEJO. ¡Y que lo diga usté!

VENANCIA. Unicamente, — ¡eso si! — quisimos que nuestros hijos gozaran de lo que ni mis padres, ni los de

Severiano, pudieron darnos a nosotros; de educación, principios, conocimientos,cultura...

VALLEJO. ¡Eso les honra!

VENANCIA. Y, ni cortos ni perezosos, pa que se enseñaran bien y pudiesen alternar con los primeros, mandamos al Esteban al mejor colegio de Londres y a la Manuela al Sagrado *Qué* de París.

VALLEJO. ¿Al Sagrado qué ha dicho usté?

VENANCIA. ¡Por eso! *¡Qué!* Corazón creo que significa en gabacho.

VALLEJO (Riéndose.) ¡Ah, ya, si señora! Al Sacre Cœur. ¡Entendido!

VENANCIA. ¿Está mal eso, señor Vallejo?

VALLEJO. ¿El qué? ¿El haber mandao a los chicos a...? (Venancia asiente con la cabeza.) ¡Ni mucho menos!

VENANCIA. Por ahí tiene usté a nuestro compadre, el señor Isidro, que to se le vuelve criticárnoslo.

VALLEJO. No le haga usté caso. El señor Isidro es un retrógrado.

VENANCIA. Oiga usté; re.., ¡Bueno! Eso que ha dicho usté, ¿viene a ser así como arrimao a la cola?

VALLEJO. Justamente.

VENANCIA. Conforme, entonces. Ponga usté debajo mi nombre: Venancia Villalón.

(Por la primera izquierda sale, con pelliza y gorra y frotándose las manos para entrar en reacción, SEVERIANO, hombre de cincuenta años, madrileño castizo, todo buen humor y campechania.)

SEVERIANO. Dispense usté, querido Vallejo, si le he hecho esperar demasiao, pero me cogió usté en calcetines...

VALLEJO. ¡No faltaba más, señor Seve!

SEVERIANO ¡Rediez, qué mañanita! Hace un frio que pela.

VALLEJO. Como que hay una de escarcha por la calle...

VENANCIA. Estando como estamos a mediaos de Diciembre, no es de muy extrañar.

SEVERIANO. (Sentándose a la mesa camilla frente al público.) Echa una firmita, Venancia.

VENANCIA. (Poniéndose de pié.) Tú no llegas a la Estación.

SEVERIANO. ¿No he de llegar, mujer? (Venancia levanta las ropas de la mesa camilla y con la badila mueve la lumbre. Severiano mete las manos debajo de las ropas y sintiendo el agradable calor que da el brasero, se esponja de satisfación.) ¡Esto conforta! (A Vallejo.) Y ¿qué le trae por esta su casa?

VALLEJO. Poca cosa, señor Seve; exponerle a usté un par de asuntos, que yo creo que pueden interesarle,

SEVERIANO. Eso está bien.

VALLEJO. Ya sabe usté que es siempre mi cliente preferido.

SEVERIANO. Se estima la atención.

VENANCIA. (A Severiano.) ¿Tú vas a desayunarte ahora o esperas, como yo, a hacerlo con los chicos?

SEVERIANO. Esperaremos,

VENANCIA. (Setándose donde estaba.) Lo que quieras.

SEVERIANO. (A Vallejo.) Pos, usté dirá de qué se trata. Y prontito, —¿eh?— que tengo los minutos contaos.

VALLEJO. Verá usté, señor Seve; se trata, en primer lugar, de que se vende un hotel amueblao en la calle Goya en seiscientas mil pesetas. Tirao, tirao vale más del millón.

SEVERIANO. ¿Un hotel en la calle de Goya?

VALLEJO. Nuevo, flamante, acabao de construir, como quien dice; al mediodia, cinco mil piés...¡La verdadera ganga, señor Seve! Sólo lo que hay dentro ya vale el dinero que piden por la finca.

SEVERIANO. Si es así... ¿Tú qué opinas. Venancia?

VENANCIA. ¡Hombre! Yo, de eso, no sé; pero, la verdad, ¿pa qué queremos nosotros una fonda en sitio tan extraviao y sin entender palabra del negocio?

SEVERIANO. ¡Anda, leñe! Y ¿quién ha hablao aqui de fonda alguna?

VENANCIA. ¿No dice que es un hotel?

SEVERIANO. ¡Ay, qué releñe! Y si que es un hotel; una villa, mujer; un chalete.

VENANCIA. ¡Acabáramos!

SEVERIANO. ¡Si serás asnalfabeta, Venancia!

VALLEJO. (Corrigiéndole.) ¡Analfabeta, señor Seve!

SEVERIANO. ¿Como?

VALLEJO. Que se dice analfabeta.

SEVERIANO. ¿Desde cuando?

VALLEJO. ¡Desde siempre, señor!

SEVERIANO. ¡Ay, qué gracia! ¿No se le llama de ese modo al que no sabe na de na, al que es un burro?

VALLEJO. Si, señor.

SEVERIANO- Luego viene de asno. Y si viene de asno, ¿qué va a ser más que asnalfabeto? ¡Que to hay que explícarlo, amigo!

VALLEJO. ¿Para que discutir?

SEVERIANO. Es que un servidor da razones.

VALLEJO. ¡De acuerdo, señor Seve!

SEVERIANO. ¡Ah, ya!

VALLEJO. ¿De forma que del hotel...?

SEVERIANO. Ya pensaremos,

VALLEJO. No es puñalada de pícaro, ¿eh? Ustedes pueden verlo hoy o mañana y, si quieren que yo les acompañe en la visita, con darme un golpe de teléfono... Conste que, si insisto, es porque creo que es asunto que les conviene.

SEVERIANO. Ya estamos en ello. ¡A ver lo otro!

VALLEJO. Lo otro, al lao de esto, casi no tiene importancia, señor Seve. Un préstamo de quince mil pesetas, con sus correspondientes intereses del cuarenta por ciento mensual, a don Telesforo Rodriguez de la Higuera, marqués de Ronda.

SEVERIANO. ¿Préstamo personal? (Vallejo asiente con la cabeza.) ¿Sin garantias? (Vallejo vuelve a asentir.) ¡Mala cosa!

VENANCIA. ¡Mala!

VALLEJO Tratándose del Marqués de Ronda...

SEVERIANO. Pero, bueno, ¿de qué Ronda? ¿Atocha, Toledo, Segovia, Valencia o Paseo de?

VALLEJO. De Ronda, provincia de Málaga.

SEVERIANO. Y ¿como dice usté que le dícen a ese señor?

VALLEJO. Don Telesforo Rodriguez de la Higuera.

SEVERIANO. ¡Anda! ¿De Ronda y no se llama Cayetano? (Levantándose airadamente.) ¡Ese tio no ve de mi ni cinco céntimos!

VALLEJO. (Levantándose también.) ¡Señor Seve!

SEVERIANO. ¡Pero que ni un cuarto! Y acompáñeme usté, sí quiere que sigamos hablando, porque es que no me puedo entretener más.

VALLEJO. Con mucho gusto.

SEVERIANO. (Mirando su reloj.) Son las nueve y veinte y a la media creo que entra el tren...

VENANCIA. Toma un taxi, no vayas a hacer tarde.

SEVERIANO. ¡Que lujo! ¡Un taxi! El «Metro» y gracias.

VALLEJO. Asi se llega a millonario.

VENANCIA. Pero se puede no llegar a tiempo a la Estación.

VALLEJO. También.

VENANCIA. (Viendo que su marido se dirige hacia la izquierda del foro.) ¿Vas a ir de gorra, Severiano?

SEVERIANO. ¿Qué ocurre?

VENANCIA. ¡Hombre, ponte el hongo! ¡Que no digan los chicos!...

SEVERIANO. Como quieras. (Venancia se va por la primera izquierda.) ¡Estas mujeres!...

VALLEJO. Y lleva razón.

(VENANCIA vuelve por donde se fué, con el hongo.)

VENANCIA. (Dándole el sombrero a Severiano.) Aquí tienes,

SEVERIANO. (Tomando el hongo y dándole la gorra,) Trae. (Poniéndose el hongo.) Hasta luego ¿eh?

VENANCIA. ¡Anda con Dios!

VALLEJO. (Despidiéndose.) ¡Señora Venancia!...

VENANCIA ¡Conservarse, señor Vallejo!

VALLEJO. ¡Hasta otro día! (Se empareja con Severiano y juntos desaparecen, charlando por la izquierda del foro.)

SEVERIANO. Pos, sí querido: a eso de los préstamos personales ya sabe usté que yo siempre le he tenido su miajita de escama.

VALLEJO. Es que este caso señor Seve... (Han salido los dos y hay una pequeña pausa. Venancia se dirige hacia la primera izquierda.)

SEVERIANO. (Dentro.) ¡Venancia!

VENANCIA. (Deteniéndose). Me llamo.

SEVERIANO. (Dentro.) ¡Ahí te va visita!

VENANCIA. (Encaminándose hacia la izquierda del foro.) ¿Visita a estas horas? ¿Quién podrá ser? (Descubriendo al visitante.) ¡Anda! ¡Si es el señor Isidro!...

(Por la izquierda del pasillo del foro aparece ISIDRO, hombre de edad aproximada a la de Severiano, también madrileño y también curtidor. Viste bien, dentro de lo popular. Lleva sobre los hombros la castiza capa española y se toca con un sombrero flexible de anchas alas.)

ISIDRO. ¡Comadre!

VENANCIA. ¿Qué le trae a usté tan de mañana?

ISIDRO. Esperar a los muchachos. ¿Le parece a usté poco? ¿Podía yo faltar en un día como el de hoy?

VENANCIA. ¡Que Dios se lo pague!

ISIDRO. Me iba haber largao con el compadre a la Estación, pero él ha preferido que me quede aquí pa hacerle a usté compañía.

VENANCIA. Muchas gracias. (Ofreciéndole una silla.) Siéntese usté.

ISIDRO. Si tenía usté algo que hacer, por mí no lo deje.

VENANCIA. ¿Quiere usté callar?

ISIDRO. ¡O hay confianza o no la hay!

VENANCIA. Por lo mismo que hay confianza. ¡Siéntese usté señor Isidro! (Se sientan los dos.) ¿Y su chica?

ISIDRO. Ahora vendrá. Ha ido al convento a entregar una casulla que le habían encargao las monjitas. ¡Como tiene esas manos pa bordar, el ángel mío!...

VENANCIA. ¡Si que las tiene! No es por alabarla, ni porque esté usté delante, pero como la Candelas hay pocas bordadoras.

ISIDRO. ¡Y eso que no se ha enseñao en el Extranjero!

VENANCIA. ¿Ya vamos a empezar, señor Isidro?

ISIDRO. No se alarme usté, comadre, que no empiezo.

VENANCIA. ¡Por eso! Tengamos la fiesta en paz.

ISIDRO. Quería con ello únicamente demostrarle a usté que aquí se puede aprender de to a la perfección, sin necesidad de que nadie de fuera nos dé lecciones.

VENANCIA. ¡Hasta ahí estamos!

ISIDRO. Pos si estamos ¿a qué mandar los hijos a

que se eduquen en tierra extraña, que es tanto como decir a quienes no les importa que nosotros no sabemos de na, ni valemos pa na? ¡A eso no hay derecho—¡porra!—, que en España podremos no ser los primeros, pero los últimos tampoco, comadre de mi alma!

VENANCIA. El tema de siempre. ¡Y decía usté que no empezaba!...

ISIDRO. Es que *me se* pudre la sangre de que halla gente tan falta de patriotismo, señora Venancia.

VENANCIA. En el mundo tiene que haber de to, señor Isidro.

ISIDRO. No lo niego, pero usté mireme a mí: dineros me sobran—y a usté le consta—pa haber mandao a mi hija, si hubiese querido, no ya a París, a Yugoeslavia, que está mucho más lejos. Y, sin embargo, no. ¿Pa qué? Su buen colegio de monjas aquí, en Madrid, que los hay superiores, y a otra cosa. Y educármela me la han educao como una señorita. ¿Que no sabe francés? ¡Bueno! Tampoco lo sé yo. Y de querer que lo hubiera aprendido, en el mismo colegio podía haberlo estudiao, que sin salir de allí hay unas cuantas madres que lo hablan como las propias rosas de Francia; pero como quiera que yo sostengo la teoría de que los hijos no deben saber más que los padres, pa que estos no desmerezcan a sus ojos, pos ahí tiene usté que ni «parole de plus» que se dice en mi casa. ¡Criterios!

VENANCIA. Sí, sí. ¡Criterios cerraos! ¿Y el Progreso, señor Isidro?

ISIDRO. ¿El Progreso? Aquí a la vuelta, subiendo por Duque de Alba.

VENANCIA. ¡Que le frían a usted una torrija!

ISIDRO. ¡Que me la frían!

VENANCIA. ¡Vamos, hombre! Está una hablando en serio...

ISIDRO. Ni na, ni na, señora Venancia. ¡La fetén! Que el primer día que mi chica, por que dije yo que *me se* había caído al suelo la cuchara, me corrigió diciéndome que se decía *se me* en lugar de *me se*, con las mismas que me planté en el colegio y le dije a las monjas; ¡alto el carro, señoras mías; que yo he traido aquí a mi

hija pa que ustedes la enseñen a ella, no pa que ella me enseñe a mí; y como un servidor ha dicho toa su vida *me se, me se* tié que decir también la chica, de hoy pa siempre, o me la llevo! A lo que la madre principal me argumentó: es que el reflexivo va delante, señor. ¡Por lo mismo! —le contesté. —Como en mi casa el reflexivo soy yo, no voy a consentir que la niña me pase. ¡Y mano de santo! Ustedes a enseñármela bien las cuatro reglas de Aritmética, a coser y a guisar; a guisar sobre to, que es pa lo que de verdad sirven las mujeres; sus buenas cocletas, su buena carne dorá, su merluza en salsa verde, sus albóndigas a la casera... ¡Lo natural señor! ¡Cuestión de principios!

VENANCIA. Ya, ya.

ISIDRO. Y me la han dejao que en lo tocante a las labores propias de su sexo no hay quien la lleve el pulso. ¡Lo demás, pa el gato!

VENANCIA. Se tendrá usté que convencer, señor Isidro, de que es usté un termómetro,

ISIDRO. ¿Yo?

VENANCIA. No es cosa mía —¿eh?— ¡Qué conste! Lo ha dicho el señor Vallejo.

ISIDRO. ¿El señor Vallejo ha dicho que yo soy un termómetro?

VENANCIA. Arrimao a lo antiguo quería dar a entender.

ISIDRO. ¡Ah! ¿Sí? Pos que se ande con cuidao ese matatías, no sea que este termómetro le haga a él subir la temperatura. (Acción de pegar.) ¡Nos ha ondulao el agente!

(Dentro hacia la izquierda suena una campanilla.)

VENANCIA. ¿Llaman?

ISIDRO. Será mi chica.

VENANCIA. (Alzando la voz) ¡Vicenta!

(Por la derecha del pasillo del foro aparece VICENTA, una muchacha de servir, algo apaletada.)

VICENTA. Mándeme usté.

VENANCIA. ¿No oyes que llaman?

VICENTA. (Sin moverse.) Sí, señora.

VENANCIA. Y ¿qué haces que no abres?

VICENTA. Ahora voy.

VENANCIA. ¿Qué se dice?

VICENTA. No he dicho na.

VENANCIA. ¡Por eso! ¿Qué se dice?.

VICENTA. ¡Ah! No sé.

VENANCIA. ¡Buenos días, mujer!

VICENTA. ¡Buenos los tenga usté; pero ya se los he dao hace rato!

VENANCIA. Si no es a mí, pasmá; es al señor Isidro.

ISIDRO. ¡Déjela usté, comadre!

VICENTA. ¡Ah, ya! Buenos días.

ISIDRO. ¡Hola muchacha!

(Dentro vuelve a sonar la campanilla.)

VENANCIA. ¿Abres o no?

VICENTA. Sí, señora. ¡Es que la atonta usté a una!

(Vase, sin prisas, por la izquierda del pasillo del foro.)

VENANCIA. ¿Le parece a usté?

ISIDRO. Modesta que es la peque. Quiere deberle a usté lo que es de nacimiento...

(Por la izquierda del pasillo del foro aparecen VICENTA y CANDELAS, la hija de Isidro. Candelas es una moza de veinte abriles, llena de encantos y atractivos, Viste de calle. su buen abrigo de paño con cuello y bocamangas de piel y se toca con un velito.)

CANDELAS. (Dentro.) ¿Se puede pasar?

VENANCIA. ¡Entra, Candelas!

ISIDRO. ¿No dije que sería ella?

VENANCIA. ¡Pasa, chica!

(Candelas y Vicenta entran en escena; la primera se detiene a saludar a Venancia y la segunda se marcha por la derecha del foro sin decir palabra.)

CANDELAS. (Besando a Venancia.) ¿Cómo está usté, señora Venancia?

VENANCIA. Bien ¿y tú, hija?

CANDELAS. Pa servirla. ¡Hola padre!

ISIDRO. ¡Hola!

VENANCIA. ¡Mira qué guapa vienes! Este abrigo, ¿es nuevo?

CANDELAS. ¡Qué va!

VENANCIA. Pos no te lo había visto

CANDELAS. Es que lo guardo pa las grandes solem-

nidades.

VENANCIA. Siéntate mujer. Acercate aquí, al brasero, que la mañana está fresquita.

CANDELAS Si que sí. (Se sienta en la mesa camilla.) ¿Y los chicos?

VENANCIA Todavía no han llegao.

CANDELAS ¡Más ganas tengo de verles!...

VENANCIA (Con marcada intención.) Sobre to al Esteban.

CANDELAS. Y a la Manuela también. ¿Por qué al Esteban?

VENANCIA. Mujer, como antes de que se marchara ya él tonteaba contigo unas miajas...

CANDELAS ¿Quién se acuerda de eso?

VENANCIA. A lo mejor, tú.

CANDELAS. ¡Señora Venancia! (Y encendida como una amapola baja la vista al suelo.)

ISIDRO. No te ruborices, chica, que no es ningún delito.

CANDELAS. ¡Padre!,..

VENANCIA. Ya se ve que no. Y algo daría yo porque la cosa se formalizara, que no te creas que mujeres de tus condiciones hay muchas por el mundo,

ISIDRO. Su pobrecita madre, que esté en gloria, de la que ésta es un calco. Y pare usted la jaca,

VENANCIA. Gracias por la galanteria. Es usté un esparto, señor Isidro.

ISIDRO. ¡Comadre, usté no cuenta!

CANDELAS. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

ISIDRO. (A Candelas.) ¿Que te han dicho las monjas de la casulla?

CANDELAS- ¿Qué me iban a decir? Nada.

ISIDRO. ¿Y te han pagao?

CANDELAS. No que no

ISIDRO. ¿Cuanto?

CANDELAS. Lo convenido: quince duros. Ya sabe usté que a ellas les hago un precio especial. Como han sido mis maestras...

ISIDRO. Tus maestras costándole los dineros a tu padre, que no te han enseñao de guagua.

CANDELAS. ¡Bueno!

VENANCIA. Lo que no me explico es que, con la bulla de duros que usté tiene, cosa su chica pa ganarse los cuartos.

ISIDRO. ¡Hasta ahora si que no me ha dao usté la puntilla!

CANDELAS. Pero si lo hago por gusto, señora Venancia; pa no aburrirme. Y, naturalmente que si con ello me gano cinco o diez, pos eso menos que tengo que pedir pa comprarme lo que sea de mi agrado.

ISIDRO. ¡A ver si cree usté que yo la exploto!

CANDELAS. Al contrario; por su consejo me pasaría las horas mano sobre mano, pero no es mi condición estarme quieta y pa distraerme bordo y coso, siempre pa personas de mi estimación, que no se piense usté que yo tomo trabajo del primero que me lo encarga; no, señora. ¡Anda, pos si yo aceptara todo lo que me ofrecen!... Pa poner un taller.

ISIDRO. ¿Lo está usté oyendo, comadre de mi vida?

VENANCIA. Lo oigo, compadre de mi corazón, pero de toas maneras; si usté la deja es porque le va a usté muy bien en el machito. Duro que ella gana, duro que usté se ahorra. ¡Y a vivir! Si ya le conocemos a usté hace tiempo, si es usté más agarrao que el sindeticón,

ISIDRO. ¡Comadre!.,. ¡Comadre!

VENANCIA. ¿Qué pasa?

(Por la escalera del servicio irrumpe en escena DANIEL, el encargado de la tienda, un buen mozo de veinte años, formal y pinturerito.)

DANIEL. Buenos días,

VENANCIA. ¡Hola, Daniel!

DANIEL. ¡Caramba pero si están aquí Candelitas y el señor Isidro! Me alegro de verles.

ISIDRO. ¡Hola, muchacho!

CANDELAS. ¡Hola, hombre!

DANIEL. ¿Están ustedes bien?

ISIDRO. De primera. ¿Y tú?

DANIEL. ¡Ahí vamos, señor Isidro!

VENANCIA. ¿Querías algo?

DANIEL. Hablar con el maestro.

VENANCIA. Ha ido a la Estación a recibir a los chicos.

DANIEL. ¿Sin pasar por la tienda?

VENANCIA. Como salió con el tiempo justo no habrá podido entretenerse.

DANIEL. Lo siento.

VENANCIA. ¿Le necesitabas?

DANIEL. Pa enseñarle una partida de pieles que ha traído el señor Evaristo y que no me quiero quedar con ellas sin que el maestro las vea antes.

ISIDRO. Serán, quizás, las que ayer me llevó a casa.

DANIEL. Puede.

ISIDRO. Una de antílope y tres de cocodrilo.

DANIEL. Las mismas.

ISIDRO. Están muy agujereadas.

DANIEL. Por eso no he querido tomárselas en firme sin consultar con el maestro.

ISIDRO. No valen na.

DANIEL. Pero las da muy baratas.

ISIDRO. Eso si.

VENANCIA. Tardar, no creo yo que tarde mucho Severiano. Como no traiga retraso el tren...

DANIEL. Pos, si usté me hace el favor, cuando vuelva el maestro, de decirle que baje un momento a la tienda...

VENANCIA. ¿Por qué no?

DANIEL. Muchas gracias.

VENANCIA. Descuida. (Pequeña pausa.)

DANIEL. ¿Qué hay, Candelitas?

CANDELAS. Lo que tú cuentes, Daniel.

DANIEL. ¡Estarás tan contenta, mujer! Ya te llega el novio de fuera...

CANDELAS. ¡Anda, el otro! Y a ti la novia,

DANIEL. (Confuso.) ¿A mí?

CANDELAS. ¡A ver! ¿O es que vas a negarlo?

DANIEL. (Corrido.) ¡Qué cosas tienes!

VENANCIA. Pero ¿cómo? ¿Es que éste y mi chica acaso?,,.

DANIEL. No la crea usté, señora Venancia. ¡Es más bromista la Candelas!... ¿Cómo iba yo a atreverme?...

VENANCIA. Eso, no, hijo: que un hombre honrao y trabajador como tú, puede atreverse a to, sin tener que avergonzarse; pero, vamos, es que ahora me entero.

DANIEL. ¡Y yo también!

CANDELAS. (¿Será cínico?)

DANIEL. ¿Va usté a hacerle caso a esta charlatana?

CANDELAS. ¡Oye, tú!

ISIDRO. (En voz baja a su hija.) Me parece que te has colao, Candelitas.

CANDELAS. (En igual tono a su padre.) ¡Cá!

ISIDRO. Entonces, si no te has colao, has metío la pata.

CANDELAS. Tampoco.

DANIEL. Entre Manuela y yo no ha habido nunca más que cariño—¡eso, sí!—,un cariño de hermanos y simpatía, simpatía también. ¡Señor, si nos hemos criao juntos! Pero de eso a lo que Candelas supone y quiere dar a entender... ¡Vamos! (A Candelas.) ¡Has conseguido abochornarme, mujer!

CANDELAS. ¡Miren el párvulo!

DANIEL. Pero esta me la pagas. ¡Vaya si me la pagas! (Candelas se ríe y los demás también al ver el azoramiento del muchacho.) No crea usté na de lo que le diga, señora Venancia, que es una enredadora,

VENANCIA. (Sin dejar de reirse.) ¡Bueno, hombre, bueno!

DANIEL. Que, de ser verdad, yo sería el primero en declararlo, que no es ningún crimen, pienso yo, el que la Manuela le guste a uno o a ciento y que si cuando se fué ya era un capullo de rosa, ahora que vendrá hecha una rosa completa, vamos, que...

ISIDRO. ¡Que te vendes, muchacho!

DANIEL. ¿Cómo? ¿Qué? (Aumentan las risas. Daniel cada vez más azorado y mohíno, opta por marcharse.) En fin, me vuelvo a la tienda. ¡Buenos días a tos! No se olvide usté de mi encargo, señora Venancia.

VENANCIA. ¡Vete tranquilo, hombre, vete tranquilo!

DANIEL. Que a las diez ha quedao el señor Evaristo en pasar por la contestación.

VENANCIA. Conforme.

DANIEL. (Mientras baja la escalera del servicio.) (¡Mal fin tengan las cotillas!...) (Amenazador, a Candelas que continúa riéndose.) ¡Sí, sí, ríete, ríete, que ya verás! Tú verás!. . (¡Maldita sea la!...) (Desaparece por el foro, refunfuñando.)

VENANCIA. (A Candelas.) Pero, oye, ¿sí?

CANDELAS. Como la luz.

VENANCIA. ¿Y yo en la higuera? ¡Demonios de chicos! (Prestando atención e imponiendo silencio.) ¡A ver! Callarse. (Dentro suena un fuerte campanillazo.) ¡Si! ¡Ellos son! Me pareció oírles por la escalera. (Levantándose.) ¡Hijos de mi alma!

(Y sale corriendo como una loca por la izquierda del foro. Isidro y Candelas se ponen de pie y quedan a la espectativa. Dentro hacia la izquierda se oyen gritos y exclamaciones de alegría. Por la derecha del pasillo del foro aparece VICENTA, la cual se detiene a la mitad del pasillo al ver llegar confundidos en estrecho abrazo a VENANCIA, MANUELA y ESTEBAN. Detrás del grupo, SEVERIANO, pletórico de satisfacción y orgullo. Contrastando con el júbilo de los padres, los hijos se presentan cabizbajos y cariacontecidos, sin acertar a disimular la penosa impresión que les causa cuanto les rodea. Manuela es una muchacha bonita de verdad, muy moderna en sus ademanes y en su indumento. Viste un elegante traje de viaje, gabán de pieles y se toca con una graciosa boina de punto. Tiene el pelo cortado y peinado con raya a un lado, como un chico. y en la mano lleva un pequeño maletín de cuero. Esteban es un mocetón, recio y fuerte, de distingido aspecto, completamente rasurado y con melena de artista, que viste con arreglo al último figurín. Trae puesto un abrigo de tono gris oscuro, sombrero flexible y es portador de una maleta.)

SEVERIANO. ¡Aquí los tienes, mujer, aquí los tienes!

VENANCIA. Un sueño se me figura. ¡Hijos de mis entrañas! ¡Hijos de mi vida!

ISIDRO. (Abriéndoles los brazos.) ¡Esteban! ¡Chico! ¡Manolita! (Esteban y Manuela miran a su madre como preguntándole quién es.)

VENANCIA. Pero, ¿no le conoceis (A Esteban.) Tu padrino. (A Manuela.) El señor Isidro.

ESTEBAN. (Dejando la maleta en el suelo y abrazando al señor Isidro.) ¡Padrino!

MANUELA. ¿Cómo está usted?

ISIDRO. Menos bien que vosotros, pero vamos tirando.

CANDELAS. ¿No me das un beso, Manola?

MANUELA. (Después de un momento de vacilación.) ¡Ay, chica, perdona! ¿Cómo no? (Se besan.) ¿Quién te reconoce?

CANDELAS. ¡Hola, Esteban!

ESTEBAN. Servidor de usted.

(Ante el ceremonioso saludo de Esteban, que no cae en la cuenta de quién pueda ser la muchacha, Manuela, Candelas e Isidro sueltan la carcajada. Esteban, un poco confuso, interroga con la mirada a su madre.)

VENANCIA. ¡Su hija, atontao! ¡Candelas! Con lo que te gustaba ¿no te vas a acordar de ella ahora?

SEVERIANO. ¡Mujer, que son diez años!.,

ESTEBAN. ¿Candelas? ¿Es posible? ¿Tú? ¿Usted?

CANDELAS. Yo, hombre, yo. Y na de usté; de tú, como siempre.

ESTEBAN. ¡Qué cambio, muchacha! Estás guapísima.

CANDELAS. ¡Los ojos con que me miras!

VENANCIA. ¡Tú! ¡Vicenta!

VICENTA. ¿Señora?

VENANCIA. ¿Qué se hace?

VICENTA. No hago na.

VENANCIA. ¡Por eso! ¿Qué se hace?

VICENTA. Lo que usté me diga. (¡Qué empeño en que una ha de adivinar las cosas!)

VENANCIA. La maleta, mujer, ¡Esta maleta!

VICENTA. Ya, ya. ¡Muy bonita, si señora!

VENANCIA. Llévatela al cuarto del señorito, (Presentando a Vicenta a sus hijos,) La criada.

VICENTA. Servidora. Me alegro de que los señoritos hayan llegao bien.

MANUELA. Muchas gracias.

VENANCIA. (A Vicenta.) Y sirvenos el desayuno. (A sus hijos.) Vosotros ¿qué quereis? ¿Café, chocolate?...

ESTEBAN. Ya nos hemos desayunado en el tren.

VENANCIA. ¡Anda! Y tu padre y yo que no habíamos querido tomar na por esperaros...

ESTEBAN. Lo siento.

VENANCIA. (A Vicenta.) Pos lo nuestro, entonces, na más; digo, a no ser que Candelitas o el señor Isidro. gusten de acompañarnos.

ISIDRO. ¡Se agradece comadre!

VENANCIA. ¡Lo nuestro, Vicenta!

VICENTA. Si, señora. (Se marcha, con la maleta, por la derecha del pasillo del foro,)

SEVERIANO. Pero, bueno, sentaos. ¿Qué haceis tos de pié?

ESTEBAN. Yo, con el permiso de ustedes, lo que voy es a darme un baño ahora mismo.

SEVERIANO. ¿Un baño con el frío que hace?

ESTEBAN. Estoy acostumbrado, papá.

SEVERIANO. Pos, hijo, si me lo hubieras dicho antes, al pasar por la cuesta de San Vicente, te has podido quedar en el Niágara.

ESTEBAN. ¿Cómo?

SEVERIANO. Que de aquí, lo más cerca, San Felipe Neri.

ESTEBAN. ¿Es que no teneis baño?

VENANCIA. Un barreño y la esponja. Si te conviene...

MANUELA. (Con desaliento.) ¿No hay baño en casa?

VENANCIA Pero ¿qué va a haber?

SEVERIANO. ¿Habeis olvidao donde nacisteis?

ESTEBAN. (A su hermana.) ¿Oyes, Nela?

MANUELA. ¡Calla, Este! ¡Por Dios!

SEVERAINO. (A Esteban.) A ver, a ver... ¿Cómo la has llamao?

ESTEBAN. Nela.

SEVERIANO. Y eso ¿por qué?

ESTEBAN. Porque Manuela es un nombre muy plebeyo.

ISIDRO. (¡Atiza!)

ESTEBAN. ¡Manuelas ya no se ven por el mundo!

ISIDRO. ¡Ni simones! Eso es verdad.

VENANCIA. Y ¿cómo le dice?

ESTEBAN. Nela.

SEVERIANO. Lo mismo la ha podido llamar Chevrolêt. ¡Eso hay que agradecerle!

VENANCIA. Y ella a él ¿cómo le dice?

MANUELA. Este.

VENANCIA. ¿Este?

MANUELA. Contracción de Esteban. ¡Más elegante!

SEVERIANO. Pa Madrid, demasiao necrológico, quizás. ¡Es donde entierran!...

ESTEBAN. ¿Dónde?

SEVERIANO. En el Este.

ESTEBAN. ¡Papá!

SEVERIANO. Pero, bueno, bueno; si es capricho vuestro, aceptao. Ya lo sabeis tos. De hoy en adelante esta es Nela y éste, Este. ¡A otra cosa!

(Por la derecha del pasillo del foro sale VICENTA, llevando en una bandeja dos humeantes tazones de café con leche. Venancia saca de un cajón del aparador una libreta de pan, un cuchillo, dos cucharillas y dos servilletas: luego toma el azucarero de encima del aparador y lo coloca todo sobre la mesa.)

VICENTA. ¡El desayuno!

VENANCIA. ¡Anda, Severiano!

SEVERIANO. ¿Ustedes gustan?

ISIDRO. De salud sirva,

CANDELAS. Buen provechito.

(Severiano y Venancia se sientan a la mesa camilla. Vicenta les sirve el desayuno. Venancia corta dos trozos de pan de la libreta, le da uno a su marido y ella se queda con otro. Manuela, Candelas e Isidro se sientan hacia la izquierda y Esteban hacia la derecha. Manuela se despoja de la boina dejando al descubierto la cabeza)

VENANCIA. (A Manuela.) ¡Arrea, chica, qué peladita vienes!

MANUELA. A la moda de París.

SEVERIANO. En cambio. éste se ha dejao la melena.

ESTEBAN. A lo artista, papá.

ISIDRO. Pero ¿tú eres artista?

ESTEBAN. No, señor; pero es lo smart.

ISIDRO. ¿Qué has dicho que es?

ESTEBAN. Lo esmart.

ISIDRO. Ya. (¡Me he quedao como estaba!)

VENANCIA. Oye, Esteban...

SEVERIANO ¡Este. Venancia!

VENANCIA. ¿Cual?

SEVERIANO. Que le digas Este. ¿No has oido?...

VENANCIA. Yo siempre le he llamao Esteban y no voy a cambiar ahora.

ESTEBAN. Tienes razón, mamuchi. Llámame como quieras.

VENANCIA. ¡Pero tú no me vuelvas a llamar eso de *muchi* que no te lo tolero!

ESTEBAN. (Riéndose.) ¿Qué me ibas a preguntar?

VENANCIA. Que si no te habia salido bigote.

SEVERIANO. Pero ¿no le ha de haber salido, mujer? Es que se lo afeita; que va a lo británico, ¿no?

ESTEBAN. Un poco.

ISIDRO. (Ofreciéndole a Esteban un pitillo, que saca de una cajetilla de cincuenta céntimos.) ¿Un cigarrito, muchacho?

ESTEBAN. Muchas gracias. No fumo.

ISIDRO, ¡Ah! ¿No?

MANUELA Yo, sí.

ISIDRO. (Espantado.) ¿Tú si?

VENANCIA. ¿Que tú fumas, chica?

MANUELA. Me he aficionado en el colegio.

SEVERIANO. ¡Azúcar!

VENANCIA. (Acercándole el azucarero.) ¡Ahí tienes!

SEVERIANO. ¿Cómo?

VENANCIA. El azúcar. ¿No lo has pedido?

SEVERIANO. ¿Yo?

VENANCIA. Me quiso parecer.

MANUELA. A escondidas de las madres, todas las internas fumábamos. (A Isidro.) ¿Setos amber, Muratti's...?

ISIDRO. Cincuentones de Logroño y gracias.

MANUELA. (Cogiéndole el pitillo.) Es igual. Probaré, (Del maletin saca un elegante encendedor y prende fuego al cigarro causando el asombro de sus padres.)

SEVERIANO. ¡Bueno!

VENANCIA. ¡Era lo que me quedaba que ver!

SEVERIANO. Escucha, Vicenta: vete a la tienda y dí a la dependencia que suba a saludar a mis chicos.

VICENTA. Sí, señor. (Vase por la escalera de servicio.)

VENANCIA. Por cierto, que el Daniel estuvo aquí antes a buscarte pa no se qué de una partida de pieles que habia traido el señor Evaristo.

SEVERIANO. Ahora bajaré.

MANUELA. Pero ¿sigue Daniel en casa?

SEVERIANO. De encargao de la tienda, na menos.

MANUELA. ¡Qué me alegro! Era muy listo.

SEVERIANO. ¡Un hombre donde estén los hombres!

MANUELA. Huérfano, sin familia... ¡Pobre muchacho! Merecia la suerte.

SEVERIANO. ¡Y la ha tenido!

MANUELA. ¡Cuánto me alegro!

VENANCIA. Bueno, hijos, pero ¿por qué no os quitais los abrigos?

MANUELA. Es que hace mucho frio, mamin,

ESTEBAN. ¿No teneis calefacción?

SEVERIANO. Central.

ESTEBAN. ¿Central?

MANUELA. No veo los radiadores.

SEVERIANO. Digo central porque está en el centro de la pieza. (Levantando las ropas de la mesa camilla.) ¡Menudo braserito! Acercaos.

MANUELA. ¡Quita, por Dios!

ESTEBAN. ¿Un brasero?

MANUELA. ¡Qué horror!

ESTEBAN. ¡Eso es nocivo!

MANUELA. ¡Malsano!

ESTEBAN. Antihigiénico!

MANUELA. ¡Peligroso!

SEVERIANO ¡Ah! ¿Sí? Pos os quedan dos recursos: o arrimaros a él o soplaros las yemas de los dedos. ¡A elegir!

VENANCIA. Aparte de que nunca hemos usao otra cosa. ¡Ya lo sabeis!

SEVERIANO. Es que vienen muy desmemoriaos estos chicos, Venancia. ¿Querrás creer que no me han conocido en la Estación?

VENANCIA. ¿Es posible?

SEVERIANO. Sin embargo, yo a ellos desde que entró el tren en agujas; y eso que son ellos los que han cambiao y no yo; pero ¿a qué padre, por muchas vueltas que den, se le despistarán sus hijos?

VENANCIA. ¡Es verdad!

SEVERIANO. ¡Las cosas, Venancia, que si se pudieran hacer dos veces!... ¡Mira que si todavia fuese a tener razón el señor Isidro!

VENANCIA. ¡Calla, por Dios! ¡Que no te oiga!

ESTEBAN. (Levantándose y dirigiéndose a su hermana.) Mais ma cherie; c'est épouvantable.

MANUELA. Oui, tu as raison; une honte,

ESTEBAN. Il faut faire quelque chose.

MANUELA. Je crois bien.

SEVERIANO. ¿Cómo?

ESTEBAN. Cosas nuestras.

SEVERIANO. ¡Ah!

ESTEBAN. (Viendo que su padre miga pan en el café.) Pero ¿qué haces, papá?

SEVERIANO. Barquitos.

ESTEBAN. ¿Estás migando pan en el café?

SEVERIANO. ¿Qué pasa?

ESTEBAN. Que es una incorrección.

ISIDRO. (¡Aguanta!)

SEVERIANO. ¡Pos, está riquísimo!

ESTEBAN. El pan se come y el cafe se bebe.

SEVERIANO. Y los caramelos se chupan. ¡Mira éste!...

ESTEBAN. Mojar lo sólido en el líquido es de verdadero mal gusto, inadmisible en sociedad.

SEVERIANO. ¿De veras? Cuándo yo digo...

ISIDRO. Atiende aqui, muchacho, y deja a tu padre que tome su desayuno como quiera. A sus años no vas tú a hacerle variar de hábitos, ni de costumbres. ¡Cuénta-

nos! ¿Cómo te ha ido por ahí? ¿Qué te han parecido Londres y París y las tierras que has visto? ¿Qué te han enseñao? ¿Qué has aprendido? Que hasta ahora. ni tú ni ésta habeis despegao los labios.

ESTEBAN. Y ¿qué quiere usted que le digamos padrino?

VENANCIA. Algo, hijos; que nos enteremos de vuestra vida.

MANUELA. Ya la sabeis por nuestras cartas.

VENANCIA. ¿Y qué importa?

CANDELAS. ¿Es bonito París?

MANUELA. Un sueño,

CANDELAS. ¿Y Londres?

ESTEBAN. Una pesadilla brumosa. Para un meridíonal, aquel cielo gris, plomizo, pesa sobre el espíritu de un modo deprimente.

ISIDRO. Lo creo.

VENANCIA. (Embobada.) (¡Qué bién habla mi hijo!)

SEVERIANO. (¡Es una película sonora!)

ESTEBAN. El lunes pasado, mi compañero de estudios, Toto Rodriguez de la Higuera y yo, salimos en avión de Londres para París.

CANDELAS. ¡Ay, qué gusto! ¿Has volao?

ISIDRO. (¡Así trae esas alas!)

ESTEBAN. En el Sacre Coeur recogimos, Toto a su hermana Titi y yo a Nela y juntos los cuatro paseamos por el Bois.

CANDELAS, ¿El qué?

ESTEBAN. El Bosque de Bolonía.

CANDELAS. Ya.

ESTEBAN. Dimos unas vueltas por los Boulevares y luego nos metimos en el tren, haciendo reunidos el viaje hasta Madrid.

SEVERIANO. ¿Era, quizás, aquella familia de quien os despedisteis en la Estación?

ESTEBAN. Los padres de Titi y de Toto, los marqueses de Ronda.

SEVERIANO. ¿Los marqueses de Ronda?

ESTEBAN. Grandes amigos nuestros.

MANUELA. Titi, la hija, ha sido mi inseparable compañera en el colegio y Toto, el hijo, el mejor camarada de Este en el internado de Londres.

ESTEBAN Unicos españoles y madrileños, en un sitio y en otro, por fuerza habíamos de intimar.

VENANCIA. (A Severiano.) ¿Los marqueses de Ronda, tú?

SEVERIANO. Sí, mujer; los del préstamo de las quince mil pesetas de que nos habló Vallejo esta mañana.

VENANCIA. ¡Claro! Ya decía yo que me sonaba el nombre.

ESTEBAN. ¿Cómo, cómo? ¿Qué es eso del préstamo, papá?

SEVERIANO. ¡Cosas mías!

CANDELAS De todas maneras estaríais deseando veros en vuestra tierra, que cómo la tierra de uno, no creo yo que haya na en el mundo.

ISIDRO. ¡Natural que no, mujer! Fíjate éste, con lo aficionao que era a los toros, que hasta se marchó una vez a una capea en Villaverde, dándoles un disgusto de muerte a sus padres, lo que habrá pasao estos diez años en Londres, sin poder ver una faena de muleta como no haya sido en las fotografías de los periódicos de España... ¡Pa tirarse de los pelos! ¿Eh, muchacho?

SEVERIANO. Pero, ahora se desquitará con creces, que ya su padre se ha preocupao de buscarle una barrera al lao de la suya pa que, en cuanto empiece la temporá, no se pierda su niño una corrida... ¿Y eso, hijo mío? ¿No vale un abrazo, siquiera?

ESTEBAN. ¿Qué dices, papá? ¿Ir yo a los toros, una fiesta tan salvaje y cruel? ¡Ni lo pienses!

SEVERIANO. ¡Anda leñe! Pos, antes, bien que te gustaba.

ESTEBAN. ¡Antes, puede! Ahora he aprendido a aborrecer todo lo que signifique martirizar, para divertimiento de la gente inculta, a unos pobres animales indefensos.

SEVERIANO. ¿Te has hecho de la Protectora?

ISIDRO. Eso no esta mal, compadre. ¡Déjele usté! Demuestra con ello venir civilizao. Supongo que tampoco le gustará el boxeo.

ESTEBAN. ¡El boxeo, sí! Y hasta lo practico con algún lucimiento.

SEVERIANO. ¡Ah! ¿De modo que el boxeo sí y los toros no? ¿Es que resulta más artístico, quizás, romperle a un semejante las narices con un guante de diez onzas que matar un toro a volapié o recibiendo? ¡Vamos, hijos! ¿Sabeis que pa adquirir esas ideas, pa que ésta se pele y tú no y pa que tú no fumes y ésta sí, no merecía la pena de haberos mandao al Extranjero?

ISIDRO. ¡La mía, señor!

SEVERIANO. ¡Si, compadre, sí! Cuando yo digo que si las cosas se pudieran hacer dos veces... (A BARTOLO, el mozo de la tienda, que sube por la escalera de servicio acompañado de VICENTA. Bartolo es un chico, de quince a veinte años, con cara de granuja y que viste un largo blusón.) ¿Qué hay, Bartolo?

BARTOLO. Buenos días, señor Severiano y la compaña.

ISIDRO. Buenos días.

VENANCIA. Llévate esto a la cocina, Vicenta. (El servicio del desayuno.)

VICENTA. Sí, señora. (Vicenta recoge el servicio y se marcha por la derecha del pasillo del foro. Venancia pone el azucarero en el aparador y guarda en el cajón el resto de la libreta y las servilletas.)

SEVERIANO. (A Bartolo.) ¿Y el Daniel?

BARTOLO. El Daniel no ha podido subir porque está solo en el despacho y ha poco que ha llegao otra vez el señor Evaristo pa eso de las pieles. Hasta que usté no baje...

SEVERIANO. Ahora voy. (A sus hijos.) El nuevo mozo de la tienda. (A Bartolo.) Mis hijos.

BARTOLO. Pa servirles.

ESTEBAN. ¡Mucho gusto!

SEVERIANO. (A Esteban.) ¿Tienes ahí el talón del equipaje?

ESTEBAN. (Sacando un talón de ferrocarril de un bolsillo del gabán.) Aquí está.

SEVERIANO. Dáselo a éste. (Esteban se lo entrega a Bartolo

a quién le dice Severiano.) En cuanto comas te vas con el carro a la Estación del Norte y lo recoges.

BARTOLO. Si, señor.

SEVERIANO. ¿Se queda usté, señor Isidro?

ISIDRO. No, compadre, que me marcho. Satisfecho el gusto de saludar a los viajeros... ¡Ya vendré otro dia! Es tarde y tengo mi casa abandoná toa la mañana. (Despidiéndose.) ¡Manolita, que sigas tan guapa, mujer!

MANUELA. ¡Muchas gracias, señor Isidro!

ISIDRO. ¡Adiós, Esteban; y que me alegro de que vengas hecho un hombre! ¡Ahora, a demostrarlo!

ESTEBAN. ¡Adiós, padrino! ¡Hasta la vista!

ISIDRO. ¡Señora Venancia!...

VENANCIA. Vaya usté con Dios.

ISIDRO. (Aparte a Severiano.) Y usté, compadre no tome las cosas tan a pecho. En esto pasa como en los matrimonios; es lo que le dicen la crisis de adaptación, pero los chicos tienen buen fondo y en cuanto lleven aquí una semana, ya se amoldarán. Al principio, claro, to les extraña; vienen de un paraíso... ¡No se preocupe usté!

SEVERIANO. (Dándole la mano.) ¡Gracias, señor Isidro! ¡Allá veremos! ¡Adiós, Candelitas!

CANDELAS. ¡Adiós, señor Severiano!

SEVERIANO. (A Venancia.) Bajo con éste a la tienda.

ESTEBAN. ¿Conmigo?

SEVERIANO. Con Bartolo.

ESTEBAN. ¡Ah!

SEVERIANO. ¡Hasta ahora!

VENANCIA. ¡Anda con Dios!

BARTOLO. Buenos dias. (Bartolo y Severiano descienden por la escalera de servicio desapareciendo de escena.)

ISIDRO. ¿Vamos, hija?

CANDELAS. Cuando usté quiera, padre

(Mientras Isidro ha estado hablando con Severiano, Candelas se ha despedido de Venancia, Manuela y Esteban.)

ISIDRO. ¡Lo dicho, dicho!

VENANCIA. ¡Hasta que ustedes gusten!

MANUELA. (A Candelas.) Ya vendrás por aquí.

CANDELAS. Descuida.

MANUELA. ¡Adiós, señor Isidro!

ESTEBAN. ¡Adiós, padrino!

ISIDRO. ¡A más ver! (Echando a Candelas por delante.) ¡Camina, hija! (Candelas e Isidro se marchan por la izquierda del foro acompañados por Venancia.) No salga usté, comadre; no salga.

VENANCIA. ¡Faltaría más! (Desaparecen los tres. Solos ya Manuela y Esteban se quedan un largo rato mirándose fijamente como queriéndose adivinar los pensamientos.)

ESTEBAN. ¿Qué te parece, Nela?

MANUELA. ¿Qué quieres que me parezca? Lo que a tí.

ESTEBAN. ¡Qué disilusión!

MANUELA. ¡Qué desencanto!

ESTEBAN. ¡Tenernos como nos han tenido para luego meternos en este cuchitril sin luz, ni ventilación, ni higiene, ni comodidades!...

MANUELA. ¡Es espantoso!

ESTEBAN. ¡Es cruel!

MANUELA. Con la mejor intención – yo me hago cargo – nos han hecho desgraciados para toda la vida.

ESTEBAN. Dices bien.

MANUELA. Pero ¿cómo podíamos nosotros imaginarnos nada de esto?

ESTEBAN. Yo te confieso ingénuamente que, allá en mi retiro de Londres, al recibir puntualmente las grandes sumas que importaban mis estudios y mis necesidades, lógicamente pensaba: mis padres deben de nadar en la abundancia, ganarán mucho dinero y habrán reformado su antigua casita dotándola de confort y de cuanto es indispensable para la vida moderna.

MANUELA. ¡Sí, sí!

ESTEBAN. Juzga de mi impresión, que supongo habrá sido también la tuya, al llegar aquí y encontrármelo todo igual que antes, – ¡qué digo igual! – peor; que los años no pasan en balde sobre los hombres y las cosas. ¡Es horrible, horrible!

MANUELA. Acostumbrados como venimos a ciertos refinamientos de los que ahora, por fuerza, hemos de

prescindir, nuestra situación no puede ser más desagradable,

ESTEBAN. ¡Y si fuera eso solo!...

MANUELA. Tienes razón.

(VENANCIA vuelve por la izquierda del foro.)

ESTEBAN. ¡Atiende aquí, mamá!

VENANCIA. ¿Qué quieres, hijo?

ESTEBAN. Dinos la verdad. Y perdona. Si no teníais dinero para pagarnos una educación tan costosa, ¿por qué lo habéis hecho?

VENANCIA. ¿Que no teníamos dinero? ¿Quién os lo ha dicho? Lo teníamos y lo tenemos.

ESTEBAN. ¡Ah! ¿Sí?

VENANCIA. ¡Dos millones de pesetas!

ESTEBAN. ¡Cristo!

VENANCIA. ¡Como pa ahogaros en papel del Estao!

ESTEBAN. ¿De veras?

MANUELA. ¡Ay, qué alegria me das, mamín!

ESTEBAN. Entonces, dinos; si tan ricos sois ¿cómo vivís tan modestamente?

VENANCIA. Pos, hijo, porque ni a tu padre ni a mí, nos ha gustao nunca gastar na en nosotros pa que vosotros cupiérais a más

ESTEBAN. Así es que si os pidiéramos que nos trasladásemos a otra casa más ámplia y confortable ¿accederíais?

VENANCIA. Y ¿por qué no, si lo mismo vuestro padre que yo no hemos tenido otro pío que el de veros contentos y felices?

ESTEBAN. (Abrazando a Venancia.) ¡Mamá!

MANUELA. (Abrazándola también.) ¡Qué buenos sois!

VENANCIA. (Conmovida.) ¡Hijos!

ESTEBAN. ¡Qué peso me has quitado de encima! Y no tomes a capricho nuestro deseo, ni a presunción estúpida. Es... que has de saber que Nela viene en relaciones oficiales con mi compañero Toto, el hijo mayor de los marqueses de Ronda.

VENANCIA. (Asombrada,) ¿Qué?

MANUELA. ¡Y Este con la hija!

VENANCIA. ¿Tú? ¿Que vais a ser marqueses?

ESTEBAN. Nela, desde luego. Si se casa con Toto, como es el primogénito heredará el título.

VENANCIA. Pero ¿es eso posible? ¡Ay que yo me voy a volver loca!

ESTEBAN. De colegio a colegio se cruzaron entre nosotros cartas y retratos y ahora nos hemos conocido personalmente en París.

MANUELA. Comprenderás que han de venir a visitarnos y que no está esto en condiciones para recibir a gente tan principal y distinguida.

VENANCIA ¡Claro que no!

MANUELA. Pasa lo mismo que con papá; que se ha molestado porque no le reconocimos en la Estación.

ESTEBAN. ¡No habiamos de reconocerle!

MANUELA. Pero nos hicimos los locos.

ESTEBAN. Estaban allí los marqueses esperando también a sus hijos y papá llevaba una pinta, con la pelliza y el hongo, que nos dió vergüenza presentarle.

VENANCIA. ¡Ah! Pos te advierto que el hongo se lo puso por consejo mio.

ESTEBAN. ¡Vamos!

VENANCIA. Queria ir de gorra...

MANUELA. ¡Peor!.

VENANCIA. Pero, oye, Esteban, dime; esos marqueses ¿no son unos marqueses tronaos?

ESTEBAN. ¡Qué disparate!

MANUELA. ¡Por Dios, mamá!

VENANCÍA. Lo pregunto porque esta mañana, el señor Vallejo, nuestro agente, el que nos tiene colocao el dinerito, estuvo aquí a pedirle prestás a tu padre quince mil pesetas pa ese marqués de Ronda.

MANUELA. ¿Si?

ESTEBAN. Me extraña, porque son riquísimos, pero ¡quién sabe! Hombres de gran fortuna pueden encontrarse, a lo mejor, en un apuro económico. Eso no dice na-

da, ni siquiera tiene importancia, mamá. Lo que si la tiene y grande es que vamos a emparentar con la aristocracia.

VENANCIA. ¡Qué suerte, hijos!

MANUELA. ¡Figúrate!

ESTEBAN. ¡Nela marquesa!

VENANCIA. ¡Y yo marquesa madre! ¡Calla, calla, hijo, por Dios, que se me va a ir el juicio!

ESTEBAN. ¿De forma que le dirás a papá lo de la casa nueva?

VENANCIA. En cuanto suba.

ESTEBAN. (Abrazándola.) ¡Qué buena eres!

MANUELA. Dame un beso.

VENANCIA. Y ciento. ¡No faltaba más! (Besando repetidas veces a su hija.) Toma, toma, toma.

ESTEBAN. ¿Dónde está mi cuarto, que voy a cepillarme un poco?

VENANCIA. (Señalándole hacia la derecha del pasillo del foro.) Por ahí.

MANUELA. ¿Y el mio?

VENANCIA. (Llevándola hasta la segunda puerta de la izquierda.) ¡Este! Entra y lo verás.

MANUELA. (Asomándose por la segunda izquierda y con una sonrisa compasiva.) ¡Jesús, mamá, qué birria de alcoba!

VENANCIA. (Con íntimo desconsuelo.) ¿No te gusta? ¡Es nueva! Y la he elegido yo.

MANUELA. (Adentrándose por la segunda izquierda.) ¿Cama de madera?

VENANCIA. ¡Sí!

MANUELA. (Burlona.) ¡Si no las usan ya ni los carpinteros! (Desaparece.)

VENANCIA. (Volviéndose consternada hacia su hijo.) ¡Ah! ¿No? Pos ¿de qué son ahora las camas, hijo?

ESTEBAN. ¡De bronce, mamá!

VENANCIA. ¿Como las campanas?

ESTEBAN. (Riéndose y echándole a su madre el brazo por encima.) ¡Qué graciosa! (Se encaminan los dos hacía la derecha.)

VENANCIA. ¡Por aquí, hijo mío, por aquí!

(Desaparecen los dos por la derecha del pasillo del foro. Hay una pepueña pausa. Por la escalera de servicio suben SEVERIANO y DANIEL.)

SEVERIANO. (Dirigiéndose hacia la primera izquierda seguido de Daniel.) Pasa, Daníel, y te daré esas cuentas. (A VENANCIA, que vuelve por la derecha del pasillo del foro.) ¿Y los chicos, Venancia?

VENANCIA. En sus cuartos. Ahora saldrán. (A Severiano, que va a meterse por la primera izquierda.) ¡Oye un momento, Seve! Con permiso de Daniel.

SEVERIANO. ¿Eh?

VENANCIA. Tengo que hablarte.

SEVERIANO. ¿A mí? (A Daniel,) Entra y espérame. (Daniel se va por la primera puerta de la izquierda.) ¿Qué pasa?

VENANCIA. Los chicos, —¿sabes?— que se han franqueao conmigo.

SEVERIANO. Sí

VENANCIA. ¡Los pobres! Creian que no teníamos dinero.

SEVERIANO. ¡Pa enterrarlos en billetes!

VENANCIA. Ya se lo he dicho.

SEVERIANO. ¿Y entonces?...

VENANCIA. Verás: es que en los colegios se han tratatao con la gente gorda.

SEVERIANO. Ya.

VENANCIA. Y han hecho amistades y, claro: les daba reparo recibir a esa gente aquí.

SEVERIANO. ¿Cómo?

VENANCIA. Y en eso tienen razón, Severiano, porque, la verdá, esto no está presentable.

SEVERIANO. ¡Bueno va! Y ¿qué quieren?

VENANCIA. Que nos mudemos a otra casa mejor.

SEVERIANO. (Después de una corta meditación.) No hay inconveniente. Pa ellos hemos trabajao y ¿pa qué estamos sino pa darles gusto? Conforme. Se buscará otra casa.

VENANCIA. Sí, porque la Nela, ¿sabes?

SEVERIANO. ¿Cómo? ¿Tú diciendo Nela, Venancia?

VENANCIA. ¡Hay que acostumbrarse, Seve! Es la novia del marquesito de Ronda.

SEVERIANO. ¿Quién?

VENANCIA. Tu hija.

SEVERIANO. ¿Mi hija novia de ese tío boqueras?

VENANCIA. ¡Pero si son riquísimos los padres!

SEVERIANO. ¿Riquísimos y me piden quince mil pesetas? ¡Vamos, Vene!...

VENANCIA. Dice el Esteban que puede que tengan algún momento de apuro, pero que gozan de muy buena posición.

SEVERIANO. ¡Bueno!

VENANCIA. ¿De modo que les puedo asegurar que están complacidos?

SEVERIANO. Algo mejor. ¡Aguarda! Dale a la barquillera.

VENANCIA. ¿Qué?

SEVERIANO. ¡Que llames al teléfono! Hay que hablar con el señor Vallejo. ¿No nos dijo esta mañana que se vendia un hotel amueblao en la calle Goya? ¡Pos vamos a comprárselo a los chicos!

VENANCIA. ¿Eh?

SEVERIANO. ¡Que vean ellos que, siendo cosa suya, no escatimamos na! Dale a la barquillera. Uno (Venancia va marcando en el automático.) Siete Siete.

VENANCIA. Ya está.

SEVERIANO. ¡Otro siete, mujer! Siete

VENANCIA. ¿Más?

SEVERIANO. Cinco.

VENANCIA. No contestan.

SEVERIANO. A lo mejor está roto el teléfono.

VENANCIA. No tendría na de particular. Con tanto siete... ¡Ya está aquí!

SEVERIANO. (Quitándole el auricular a su mujer.) Trae. (Al aparato.) Al habla. ¿Amigo Vallejo? Soy yo, el señor Severiano. Sí. Bien, han llegao bien. Muchas gracias. Decirle a usté que a las tres vamos a ir con los chicos a ver el hotel de la calle Goya. Si señor. ¿Nos espera usté? Bueno.

A las tres. Hasta luego, amigo Vallejo. (Cuelga el auricular.) Ya está, ya lo sabes. A las tres en casa de Vallejo. Puedes decírselo a los chicos.

VENANCIA. ¡Ahora mismo! ¡Qué alegría se van a llevar! ¡Hijos de mi vida! (Desaparece loca de contento por la derecha del pasillo del foro.)

SEVERIANO. (Viendo marchar a su mujer y luego dando un hondo suspiro.) ¡Que por uno no quede!

(Vase Severiano por la primera izquierda. Hay una pausa. Por la segunda izquierda sale MANUELA sin el abrigo y se dirige al teléfono; llama a un abonado y espera la respuesta con el auricular al oído.)

MANUELA. (Al aparato.) Allô! ¡Oiga! Ah! C'est toi? Oui. Tres bien, tres bien, tous en bonne santé. Et les tiens? J'en suis bien aise. Quoi? (Riéndose.) Ne sois pas bête. (Por la primera puerta de la izquierda sale DANIEL, el cual al ver a Manuela se queda como petrificado y presa de viva emoción. Ella al reconocerle, muestra una gran alegría.) ¡Daniel!

DANIEL. (¡Ella!)

MANUELA. (Sin quitarse el auricular del oído le extiende una mano, que él se apresura a estrechar.) ¿Qué tal, chico? ¿Cómo vas? Ya he preguntado por tí y me he enterado de tus grandes progresos. Te felicito.

DANIEL. Muchas gracias.

MANUELA. Estás muy guapo. ¡Hecho un hombre! (Al aparato, riéndose.) Ce n'est pas a toi. ¡Animal! ¡Bárbaro!

DANIEL. ¿Eh?

MANUELA. No es a tí. (Al aparato.) Sí, c'est a toi. (A Daniel.) Hablo con mi novio

DANIEL. (Tristemente y con sorpresa.) (¿Su novio?)

MANUELA. (Con orgullo.) ¡Un marqués!

DANIEL. (Con pena.) (¡Nada menos!)

MANUELA. (Al aparato, riéndose.) ¡Qué atrocidad! Idiot!

DANIEL Bueno, señorita, no quiero molestarla...

MANUELA. (Volviendo a darle la mano en la misma forma que antes.) ¿Te marchas? ¡Adiós, Daniel! Conste que celebro tus adelantos.

DANIEL. Muchas gracias.

MANUELA. (Al aparato, melosamente.) Ce n'est pas a toi. Idiot! Ane! Si c'est a toi. Tu es un sauvage!

DANIEL. (¡Comiéndoselo a palabritas dulces! ¡Y delante de mí!)

MANUELA. (Al aparato.) Beaucoup, beaucoup...

DANIEL. (Mirándola amorosamente.) (Qué rica está! Y yo que había soñao... (Dirigiéndose hacia la escalera de servicio.) ¡Imbécil! ¡Como que iba a estar pa tí! ¡Mal fin tenga mi estrella!) (Desaparece por la escalera.)

MANUELA. (Al aparato.) Beaucoup! Enchanteresse! Adieu!

(Manuela cuelga el auricular en el mismo momento en que por la derecha del pasillo del foro aparecen ESTEBAN y VENANCIA.)

ESTEBAN. ¿Con quién hablabas?

MANUELA. Con Toto.

ESTEBAN. ¡Haberme avisado, mujer, y hubiese saludado a Titi!

MANUELA. Llama tú ahora.

ESTEBAN. ¿Sabes la noticia?

MANUELA. No.

ESTEBAN. ¡Que papá va a comprarnos un hotel en la calle de Goya!

MANUELA. (A su madre.) ¿De verdad?

VENANCIA. Esta tarde iremos a verlo.

MANUELA. (Saltando de gozo.) ¡Ay, qué bien! ¡Qué gusto!

(Por la primera izquierda sale SEVERIANO. Al verle, Esteban y Manuela corren a abrazarle.)

ESTEBAN. ¡Papa!

MANUELA. ¡Papichi!

SEVERIANO. ¡Hijos! ¿Estáis contentos?

ESTEBAN. ¡Imagínate!

MANUELA. No pedíamos tanto.

ESTEBAN. Ahora sólo falta que vosotros os pongais a tono con el hotel..

SEVERIANO. ¿Cómo a tono?

ESTEBAN. Me refiero a la ropa, papuchi. No vas a vivir en la calle de Goya y a ir con pelliza, digo yo.

SEVERIANO. ¡Ah! ¿Es que tengo que vestirme de etiqueta?

MANUELA. ¡No exageres!

SEVERIANO. ¿Yo con fraculín? ¡Me van a tomar por un transformista, hijo!

ESTEBAN. Y no sólo la ropa; también la forma, el modo de comportarse en sociedad tenéis que aprender.

SEVERIANO. ¿Qué?

MANUELA. (A Esteban.) Y un poco de francés a mamá y a papá algo de inglés no les iria mal; no te creas.

SEVERIANO. ¿Cómo?

ESTEBAN. ¡Es necesario!

MANUELA. ¡Y muy fácil!

ESTEBAN. ¡Vaya!

MANUELA. (A Esteban.) Con una profesora y un profesor particulares en nada de tiempo se pondrian al corriente de lo más preciso.

SEVERIANO. Pero ¿qué estáis hablando?

ESTEBAN. ¿A tí qué te parece, mamá?

VENANCIA. A mi, no me parece mal, francamente.

SEVERIANO. ¿Que no te parece mal?

VENANCIA. A mi, no.

SEVERIANO. ¿Tú sabes lo que piden? ¿Una profesora y un profesor? Pero ¿es que a nuestros años pretenden llevarnos a la escuela?

ESTEBAN. No tanto. ¡Por Dios!

SEVERIANO. (A su hijo, con desdén.) ¡Vamos niño! ¡Péla te!

ESTEBAN. ¡Papuchi!

SEVERIANO. (Exaltándose.) ¡Y na de papuchi, puñales! ¿Qué es eso de papuchi? ¡Ni papuchi, ni paparruchi! ¿Habéis olvidao decir padre y madre, dos palabras que ensanchan el corazón y llenan la boca?

VENANCIA. ¡Pero, hombre, no te pongas así!

SEVERIANO. Pos ¿cómo he de ponerme con estos in-

gratos? ¡Desagradecidos! ¡Niños peras! ¡Quitaos de mi vista!

ESTEBAN. ¡Pero, padre!...

SEVERIANO. ¡Así!

MANUELA. (A Venancia, en voz baja.) ¡Qué genio!

SEVERIANO. ¡Lejos de mí! ¡Que yo no os vea! ¡Largo! (Los chicos se repliegan hacia el foro derecha, acobardados y llorosos.) Después de tó, la culpa es de uno. ¡Fuera he dicho!

VENANCIA. (Empujándoles para que se vayan y prodigándoles consuelos.) ¡Andad! ¡Andad y no le hagais caso! Son sus prontos. ¡Pero, no lloréis, hijos míos, no lloréis, que yo le convenceré!

(Esteban y Manuela se van por la derecha del foro.)

SEVERIANO. ¡Maldita sea mi estampa!

VENANCIA. Has estao muy duro, Severiano.

SEVERIANO. ¿Merecian otra cosa?

VENANCIA. ¡Hombre!...

SEVERIANO. ¡La hemos pringao, Venancia! No lo dudes. ¡Ya lo ves, ya lo has visto! Se avergüenzan de nosotros.

VENANCIA. ¡Eso, no, Seve! A su modo, los chicos no van descaminaos. Quieren que no hagamos el ridi...

SEVERIANO. Y ¿qué es más que lo que estoy diciendo? ¡Desengáñate, Venancia! Les parecemos poco, nos tienen en menos, nos dan de lao... Llevaba razón el señor Isidro. ¡Los hijos no deben saber más que los padres, pa que éstos no desmerezcan a sus ojos! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto Segundo

Hall del hotel de la calle de Goya, recientemente adquirido por Severiano y Venancia. Al foro derecha, con amplio ventanal al fondo, una magnífica «serre», que da al jardín de la casa. En la «serre», cómodos divanes, alfombras, almohadones y una mesita para té. Al foro izquierda, puerta de cristales de colores, que conduce al jardín. A la derecha, en primer término, una puerta correspondiente a una salita de recibir; en segundo término, arranque de una escalera de marmol blanco, alfombrada; que lleva a las habitaciones altas de la finca. A la izquierda, en primer término, pegado a la pared, un tresillo y en segundo término, puerta cancela, de entrada al hotel desde la calle, En el centro de la escena una mesa y dos sillones de estilo español. Sillería moderna. Suelo de parquet. Del techo pende un artístico aparato de luz eléctrica. Las paredes decoradas por ricos tapices. Es de día, en las primeras horas de una hermosa tarde de Febrero.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco, con risas y algazara, se anuncia la llegada, por la puerta del jardín, de MANUELA, TITI, ESTEBAN y TOTO. Vienen de jugar al tennis, con los trajes propios de tal juego, fatigados y sudorosos y con las raquetas en la mano. Titi es una niña «bien», delgadita y feucha y Toto, un pollo pera de la última hornada. Ambos son tontos de nacimiento y no lo disimulan. Al entrar en el hall cada uno se tira, más que se sienta, donde puede.)

MANUELA. ¡Chambones!
TITI. ¡Malos jugadores!
MANUELA. ¡Habéis perdido!

TITI. ¿No os da vergüenza?

MANUELA. ¡Seis partidos os llevamos de ventaja!

TITI. (Señalando a Toto.) La culpa ha sido de éste. (Corrigiéndose y señalando también a Esteban.) De éste y de Este.

MANUELA. ¿De mi hermano nada más?

TITI. De tu hermano y el mío,

MANUELA. Pues, hija, di de Este y del otro, que nos entendamos.

TOTO. ¿Tenéis plan?

ESTEBAN. (Tendido materialmente en el sofá de la izquierda.) Por ahora plan de reposo. Estoy rendido.

TITI. ¿No vamos a ir a la Castellana?

MANUELA. Seguramente sí.

TITI. ¡Por eso! Estará muy hermoso el paseo. Hoy, último dia de carnaval...

TOTO. ¡Y que ya hemos encargado los ramos!

MANUELA. Vosotros ¿qué vais a hacer?

TOTO. Largarnos a casa a ponernos otra ropa y luego, si queréis, venir a recogeros.

MANUELA. Conforme.

ESTEBAN. ¿Tenéis ahí la cafetera?

TOTO. A la puerta está.

TITI. Oye ¿te has fijado? Le llama cafetera a nuestro coche. Como ellos se han comprado un Chrysler...

TOTO. ¡Y bien bonito que es!

ESTEBAN. ¡Veinte mil pesetas de bonito!

TOTO. ¡Menudo escabeche!

TITI. Tenemos que decirle a papá que nos cambie el nuestro.

TOTO. Como no lo cambie por una stylográfica, lo que es por otro coche... ¡Está muy estropeado! Hay que ver también el tute que yo le he dado en Inglaterra. ¡Este lo sabe! Cada excursión dominguera hemos hecho.., (A Esteban.) ¿Te acuerdas?

ESTEBAN. ¿Cómo no?

TOTO. ¡Flojo servicio ha prestado el cochecito! (A Titi.) Lo que nos tienen que comprar es uno nuevo.

TITI. ¡Anda! Mejor.

TOTO. Bueno, ¿qué? ¿Subimos a despedirnos de doña Venancia y de don Severiano?

TITI. ¡Hombre, claro!

MANUELA. ¿No vais a volver?

TOTO. Sí.

MANUELA. ¿Entonces? Ya os despediremos nosotros.

TOTO. Como gustes. Yo lo decia porque no fuera a parecer así, como descortesía. Después de lo bien que nos han echado de comer...

MANUELA. ¡Ganso!

TOTO. Pero si vosotros quedáis en el encargo de presentarles nuestros respetos y de darle las gracias por sus desmedidas atenciones, nos marchamos tranquílos.

MANUELA. Confía en ello.

TOTO. ¡Ni parole! Titi... ¡Ahueca! (Despidiéndose de Manuela.) ¡Hasta luego, encantito!

MANUELA. ¡Hasta luego, Toto!

TOTO. (Cogiéndole de las manos.) ¿Quién quiere más a su pochola?

MANUELA ¡Mi pocholo! Y ¿quién quiere más a su pocholo?

TOTO. ¡Mí pochola! (Se rien como dos idiotas.)

TITI. (Acercándose a Esteban, que permanece acostado en el sofá.) ¡Adios, feísimo!

ESTEBAN. (Cínicamente.) ¡Lo mismo digo!

TITI. ¡Oye!

ESTEBAN. (Desperezándose.) ¡Perdona, Titi!

TITI. ¡Chico, por Dios, que pareces un gato!

ESTEBAN. Pues, ten cuidado no te saque las uñas.

TITI. ¿Tú a mí? Te las saco yo antes.

ESTEBAN. ¡A verlo!

TITI. (Muy mimosa,) ¡Miau!

ESTEBAN. (Tirándole un zarpazo al pecho, que ella esquiva.) ¡Fú!

TITI. (Golpeándole, mientras él se revuelca de satisfación y se ríe a carcajadas.) ¿Habrá bestia? ¡Burro!

TOTO. ¿Vamos, Titi?

TITI. Cuando digas.

TOTO. (A Esteban.) ¡Hasta ahora, tú!

ESTEBAN. (Sin levantarse.) ¡Hasta ahora!

(Manuela. Toto y Titi se dirigen hacia la puerta cancela, que Manuela abre.)

MANUELA. ¡Que no tardéis mucho!

TOTO. Una hora lo más.

MANUELA, ¡Eso! Que podamos aprovechar el sol.

TITI. ¡Adiós, Nela!

MANUELA. ¡Adiós, Titi!

TOTO (A Manuela.) Cierra, no vayas a enfriarte.

MANUELA. No te preocupes. (Titi y Toto se marchan por la puerta cancela.) ¡Adiós! (Cierra la puerta y se dirige a su hermano, que continúa tendido,) ¡Sí que eres fino, hombre! Se va tu novia de tu casa y ni siquiera sales a la puerta a despedirla.

ESTEBAN. ¡Anda y que la maten!

MANUELA. ¿Que dices, chico?

ESTEBAN. ¡Que me tiene ya hasta la coronilla!

MANUELA. ¿Es posible?

ESTEBAN. (Incorporándose.) Como lo oyes.

MANUELA. Pero ¿qué te ha pasado?

ESTEBAN. ¿Qué me ha de pasar? Que mientras estuve en Londres, donde las hembras suelen ser, por general, tablas rasas, Titi me pudo parecer cosa natural y corriente; pero desde que he llegado aquí y he empezado a ver mujeres mujeres, con sus más y sus menos, sus pros y sus contras, chica, la verdad, Titi me resulta una birria imponente y... ¡Vamos que a mí no me condenan a mojama perpétua por todos los millones del mundo!

MANUELA. Y ¿qué piensas hacer?

ESTEBAN. ¡Ah! No sé.

MANUELA. ¿Dejarla?

ESTEBAN. ¡Allá veremos!

MANUELA. ¡Es una acción muy fea!

ESTEBAN. ¡Vaya! ¡Feísima! ¡Un coco!

MANUELA. ¿La acción?

ESTEBAN. ¡Titi, mujer!

MANUELA. ¡Qué bárbaro!

ESTEBAN. Te dije el otro día que en el nombre de tu prometido había una errata y hoy te digo que en el de su

hermanita hay otra; al de él le falta una ene y al de ella un acento.

MANUELA. ¿Cómo?

ESTEBAN. Que Toto es Tonto y Titi, Tití.

MANUELA. ¡Qué salvajada!

ESTEBAN. ¡Y a mí, no, vamos!

MANUELA. Pero, chico, ¡qué cambio!

ESTEBAN. ¡Eso es verdad! A medida que avanzan los dias de mi estancia en Madrid, que voy tomando la tierra, como se dice, voy sintiendo también una regresión hacia lo antiguo, que me trae realmente preocupado.

MANUELA. ¡Ah! ¿Sí?

ESTEBAN. Sí, chica, sí. Me vuelven a gustar las cosas de mi infancia y, por el contrario, esto de ahora, me carga y me molesta. Estoy de tanta exquisitez, de tanto té en el Ritz y de tanto baile en el Palace que ya no puedo más. ¡Tengo un empacho de gran mundo!

MANUELA. Por que eres un plebeyo, Este.

ESTEBAN. No te digo que no. Te advierto que el fenómeno lo noto paso a paso. Ya recordarás el día que llegamos, mi natural repulsión a cuanto nos rodeaba; todo me parecia abyecto, miserable, espantoso... Pues ayer... ¡Pásmate! Salí por la mañana y, a pie, dando un paseo me dirigí hacia la tienda para charlar un rato con Daniel y al llegar a la calle de Toledo, chica, experimenté una sensación de agrado indefinible.

MANUELA. ¿De veras?

ESTEBAN. Como te lo cuento. Toda la calle repleta de vendedores ambulantes e inundada de sol, de este sol de invierno madrileño, que es una caricia. En la Plaza de la Cebada, las verduleras atronaban el aire con sus gritos. Tras de los tranvias de la Fuentecilla y de Carabanchel, los golfillos se apretujaban pugnando por saltar a los topes. Recordé mi niñez, cuando yo, como aquellos granujas, también disputaba a codazos y a mamporros mi asiento en la trasera de algún coche; recordé las pedreas en el Manzanares, las escapatorias de casa para jugar al chito en la Ribera.,. ¡Qué sé yo cuántas cosas se me vinieron

al pensamiento! Resumen de todas ellas fué que al cerrar Daniel la tienda, me lo llevé à que nos comiésemos juntos unos callos en la taberna de la calle de la Ruda; aquellos callos que a tí y a mí nos hacian relamernos de gusto los domingos, cuando, como plato especial y extraordinario, los padres los llevaban a casa. ¿Te acuerdas? Y me hinché, chiquilla, me hinché; me puse como el chico del esquilador. ¡Qué ricos estaban y qué bien me supieron! No tienes idea.

MANUELA. Me indigna oirte; no lo puedo remediar. Tú en un tabernucho, mano a mano con el encargado de tu tienda, que no es de tu igual y comiendo callos por añadidura. ¡Calla. calla, Este! ¡Si el marqués se enterara¡.., Luego pretenderás emparentar con los de Ronda.

ESTEBAN. Pero ¿no me has oído que no quiero?

MANUELA. ¿De qué te sirve la educación que has recibido?

ESTEBAN. Chica, esto de la educación te participo que es una cosa muy rara. Yo creo que se lleva en la sangre o no se adquiere; que se nace educado o no se educa uno jamás, Y si no se nace y se pretende educarle a uno después, como todo lo que es postizo, con el tiempo se cae o se descascarilla. ¡Convéncete! Diez años de refinamiento y de estudios superiores he llevado yo en Londres, cargando sobre mí manos y manos de barniz social... Pues, bueno; han bastado dos meses de vivir en Madrid, respirando el ambiente de mis primeros años, para que todo venga a tierra. Y es que las primeras sopas, como dice el refran, no se digieren nunca. ¿Tú te lo explicas?

MANUELA. ¡Vaya sí me lo explico! Lo que a ti te pasa es que te has vuelto a enamorar de Candelas como cuando eras niño y que como a ella le fastidia el señorio, tú, para hacerte agradable a sus ojos, tiras hacia lo popular. No hace falta ser muy lista para adivinarlo.

ESTEBAN. ¡Vamos, anda!

MANUELA. ¡Ah! ¿Es mentira? ¿Puedes jurar que no te gusta Candelas?

ESTEBAN. ¡Caray, que sí me gusta Candelas! ¡Un rato largo!

MANUELA. ¡Y lo dices como un castizo!

ESTEBAN. ¡A ver que es uno! ¡De la calle Toledo!

MANUELA. ¡Calla, cínico!

ESTEBAN. Es que la chica está mollar; no sé si has reparado. Tiene un cuerpo y unas formas y un... y una..., que, vamos, que...

MANUELA. ¡Calla, Esteban!

ESTEBAN. ¡Y ele! ¡Así! ¡Esteban! Con todas sus letras. ¡Como ella me nombra!

MANUELA. ¡Me das asco!

ESTEBAN. Pero, oye, ¿es que a ti, acaso, no te gusta el Daniel?

MANUELA. ¿A mí?

ESTEBAN. Porque tú a él más que otro poco.

MANUELA. Lo sé. ¿A qué mujer puede pasarle inadvertida la adoración de un hombre? Y no te oculto que me halaga la devoción que me tiene, que reconozco que es un buen chico, muy formal, muy juicioso, muy trabajador...

ESTEBAN. ¿Y entonces, prima?

MANUELA. ¡Pero no es de mi clase!

ESTEBAN. ¡Como que has nacido infanta!

MANUELA. No he nacido infanta, pero seré marquesa.

ESTEBAN. (Chulescamente.) ¡Vamos, panoli! ¡Te daba así!...

MANUELA. (Seriamente.) ¡Cuidado, tú! ¡Mucho cuidado, que me molestan esas bromas!

ESTEBAN. ¡Perdona, chica!

MANUELA. ¡Y anda a vestirte, que es muy tarde!

ESTEBAN. Ahora voy.

MANUELA. ¡Cuando quieras! (Y respirando orgullo y vanidad se marcha por la escalera.)

ESTEBAN. ¡Le digo a usted, señor de guardia!... (Saca un pitillo y lo enciende y luego, entonando una coplilla como el mejor flamenco, se dirige hacia la derecha.)

«Entrañitas mias,
siéntate a mi vera,
que te tengo de contar
la mar de cosítas buenas»

¡Y ole!

(Vase Esteban por la primera derecha. Queda la escena sola. Dentro suena un timbre. Por la escalera baja, con una bandejita de plata en la mano, VICENTA. Vicenta viste traje negro de doncella, delantal blanco y cofia. Se dirige hacia la puerta cancela y la abre. En el umbral aparece ISIDRO, tal como le conocimos en el acto primero.)

ISIDRO. Buenas tardes, muchacha.

VICENTA. Buenas tardes, señor.

ISIDRO. ¿Están tus amos?

VICENTA. ¿Qué desea el señor?

ISIDRO. Verles, si puede ser.

VICENTA. ¿Tiene el señor la bondad de darme su tarjeta?

ISIDRO. Pero, ¿no me conoces?

VICENTA. El señor Isidro.

ISIDRO. ¿Entonces?

VICENTA. Discúlpeme el señor, pero es orden terminante de los señores la de no pasarles recado de nadie que venga a visitarles, si antes no entrega su tarjeta.

ISIDRO. ¡Mi madre!

VICENTA. Perdóneme el señor.

ISIDRO. ¿Hay capilla pública, presentación de credenciales?...

VICENTA. Hay la orden de que ya le he hablado al señor.

ISIDRO. ¡Bien está! Pos, hija, la verdad, tarjetas, ni las he traido, ni las tengo. De forma que, si no me quieres anunciar de palabra, me mandaré imprimir un ciento y ya vendré otro día con la cartulina.

VICENTA. Comprenda el señor que una...

ISIDRO. Si, chica, si. (Viendo a BARTOLO, que baja por la escalera con un flamante uniforme de chófer, abrigo de paño grís oscuro con cuello de astracán y gorra de plato.) ¡Aguanta! (A Vicenta.) Oye

¿quién es ese príncipe ruso que baja por la escalera?...

VICENTA. Bartolo. ¿No le recuerda el señor? El mozo de la tienda.

ISIDRO. ¡Atiza! Y ¿qué es ahora?

VICENTA. Chófer de los señores,

ISIDRO. ¡Mi madre!

BARTOLO. ¡Señor Isidro!

ISIDRO. ¡Bartolillo! Estás pa comerte, hijo.

BARTOLO. ¿Ha visto usté?

ISIDRO. ¿Quién te conoce?

BARTOLO. ¡Las cosas!

ISIDRO. Conque chofer ¿eh?

BARTOLO. Si, señor; a to hay que hacerse. Y no estoy arrepentido de la mudanza; no crea usté... Allá, en la tienda, andaba siempre de mala manera, a bofetás con las pesetas, atropellao... Y ahora, en cambio...

ISIDRO. Eres tú el que atropellas. ¡Bueno, hombre!

BARTOLO. ¡Señor Isidro!...

ISIDRO. No te enfades.

BARTOLO. Y ¿qué le trae a usté por aquí? ¡Tanto tiempo sin verle!...

ISIDRO. Pos, hijo, habia venido, aprovechando la media fiesta del tercer dia de carnaval, a hacerle una visita a esta familia, pero me marcho de vacio, porque ya Vicenta me ha dicho que si no le doy una tarjeta no me puede anunciar y, francamente...

BARTOLO. ¡Si, chica! Al señor Isidro, si. Es como de casa.

ISIDRO. ¡Tú verás!

VICENTA. No me atrevo, Bartolo.

BARTOLO. Subiré yo... (Se dirige hacia la escalera y se detiene de pronto.) Por más que, ahora que recuerdo, no van a poder recibirle los señores.

ISIDRO. ¿Y eso?

BARTOLO. Porque están en clase.

ISIDRO. ¿Cómo?

BARTOLO. Terminando la clase, he querido decir. Ya no deben tardar. Si se espera usté un poco...

ISIDRO. ¡Mi abuela! Pero ¿es que van al colegio?

BARTOLO. No, señor. Clase particular. La señora, mientras la mademoiselle, que es al mismo tiempo manicura, le hace las uñas, practica el francés; y el señor, desde que acaba de comer hasta estas horas, da la lección de inglés con el Preceptor que le han puesto los niños.

ISIDRO. ¡Arrea! ¡Pobre señor Seve!

BARTOLO. Ya puede usté decirlo, porque, si no se sabe la lección, como castigo, le obligan a salir a pasear con el Preceptor por el Retiro o por el Parque del Oeste, que es a lo que más le teme el amo,

ISIDRO. ¡A ver!

BARTOLO. Creo que los amigos que se lo encuentran por la calle se traen con él un pitorreo...

ISIDRO. Y me lo explico. Di tú que le veo yo... ¡Menudo purgatorio!

VICENTA. No tiene el señor idea de cómo está la casa.

ISIDRO. Ya, ya.

VICENTA. En la mesa, a las horas de las comidas, es un guirigay que no hay quien pare dos minutos en el comedor.

ISIDRO. ¡Calcula!

VICENTA. Lo único bueno que hemos sacao, eso sí, es que ahora los señores cuando se pelean, llegao el momento de insultarse, se insulta cada uno en el idioma que está aprendiendo, la señora en francés y en inglés el señor y, como ninguno entiende al otro lo que dice, concluyen en seguida.

ISIDRO. ¡Menos mal!

VICENTA. No es como antes, que no se les acababa nunca el repertorio.

BARTOLO. Le digo a usté que son coloquios.

VICENTA. (Después de mirar hacia la escalera y en voz baja a Isidro y Bartolo.) Aquí baja la señora con la mademoiselle.

BARTOLO. Con permiso, señor Isidro. (Se va por la puerta caucela precipitadamente.)

VICENTA. Con su permiso (Se coloca al pié de la escalera.)

ISIDRO. ¡Andad con Dios!

(Por la escalera baja VENANCIA, acompañada por LA MADEMOISELLE. Vicenta inclina la cabeza, con un ceremonioso saludo al paso de Venancia y luego se marcha escaleras arriba. Venancia aparece hecha un brazo de mar, elegantemente vestida con un traje de pana oscuro y ricamente alhajada. La Mademoiselle es una francesita ridícula y fea, que viste un traje de calle y un abrigo de paño y lleva en la mano su estuche de manicura. Isidro se repliega hacia el foro, de manera que Venancia no le pueda ver hasta el momento oportuno.)

LA MADEMOISELLE. Avez vous lu *Le Journal?*

VENANCIA. ¡Andá! Y *La Vie Parisienne,* mademoiselle. Estoy ya de journals fransés hasta les cheveus.

LA MADEMOISELLE. Comment?

VENANCIA. Que ye sé tú lo que pas a Montparnasse, mes ne sé ni en pimant de lo qu'il arrivé a la rue de la Cave bas.

ISIDRO. (¡Sopla!)

LA MADEMOISELLE. Je suis bien hereuse de voir comme vous faîtes des progrês dans la langue de Molière.

VENANCIA. Oui, me ye es bocú Molière, mademoiselle.

LA MADEMOISELLE. Comment?

VENANCIA. Choses que moi digo.

LA MADEMOISELLE. Oh, no, madame; moi, no, muá. Le diphtongue oi, en français se prononce toujours ua. Par exemple: soir, recevoir, savoir, boire... Toujours ua!

VENANCIA. Ua, digo oui. (Viendo a Isidro y demostrando viva complacencia.) ¡Isidro! (Extendiéndole la mano con aire que quiere ser elegante.) Oh! Ma bon ami! Comment que ça va?

ISIDRO. (Encogiéndose de hombros.) ¡Ni parole de plus! Ya se lo dije a usté, comadre.

VENANCIA. ¡Qué gracioso! (En movimientos actitudes, inflexiones de voz, ademanes etc. Venancia adopta un aire y un tono de afectación, que ella cree de suprema elegancia y que contrasta vivamente con la llaneza y naturalidad con que se expresaba y procedía en el acto primero.) ¡Qué gentil! (Dándole la mano a la Mademoiselle.) Adieu, mademoiselle! Au demain,

LA MADEMOISELLE. Au demain, madame (A Isidro.) Bon soir.

ISIDRO. ¡Que usté se conserve!

VENANCIA. Bon soir, mademoiselle! (La mademoiselle se marcha por la puerta cancela y Venancia cierra la puerta.) ¡Caramba, amigo Isidro! ¡Qué alegría! ¿Al fín se ha decidido usté a venir por esta humilde choza?

ISIDRO. ¡Rediez, comadre! Ni humilde, ni choza. ¡Menudo palacio!

VENANCIA. Le gusta ¿verdad? Es muy hermoso. Y ya verá usté lo de arriba; el cuarto de baño, el termosifón... Porque hay de todo.

ISIDRO. ¡Podía no haberlo!

VENANCIA. Lo hay, lo hay.

ISIDRO. Eso quiero decir; que podía no haberlo, después de lo que ha costao.

VENANCIA. Millón y medio de francos, seiscientas mil pesetas.

ISIDRO. ¡Casi na!

VENANCIA. Pero no ha habido más remedio que sacrificarse por los chicos.

ISIDRO. Es muy natural. Criaos a lo grande, no podían vivir en lo pequeño. ¡Es muy natural!

VENANCIA. (Sentándose en la «serre».) Siéntese usté, amigo Isidro, siéntese usté. Asseyez vous, s'il vous plaît. ¡Ah! Perdón. La costumbre...

ISIDRO. (Sentándose.) Ya veo, ya he visto que chamulla usté el francés de primerola,

VENANCIA. No he de negarle que demuestro cierta disposición para la lengua de Alfred de Musset. No así mi esposo para la de Sakespeare.

ISIDRO. El señor Seve es un troncho, por lo que parece.

VENANCIA. ¡Troncho es poco! Nos está costando la misma vida que aprenda la media docena de cosas en inglés indispensables para no hacer un mal papel en sociedad. Calcule usté que dentro de nada hemos de emparentar con los marqueses de Ronda...

ISIDRO. Ya sé, ya me he enterao por mi chica, que lo del casamiento de Manolita va por la posta.

VENANCIA. ¿Qué por la posta, amigo Isidro? En avioneta. ¡Un récord de velocité! Otra vez perdón. El hábito ya de expresarme en francés... La piden el domingo que viene.

ISIDRO. ¿A Manolita? ¡Ajá!

VENANCIA. Vea usté si le ha servido lo de la educación en el extranjero que usté ha criticado tantas veces.

ISIDRO. Falta saber, señora Venancia...

VENANCIA. ¡Por Dios! No me llame señora; Venancia a secas. ¿No ha reparado usté que yo no le llamo más que Isidro?

ISIDRO. Algo he creido notar.

VENANCIA. ¡Pues, eso!

ISIDRO. Pero como yo siempre le he dicho a usté señora...

VENANCIA. Antes, que no lo era, sonaba bien; ahora que lo soy, suena muy mal.

ISIDRO. ¡Que me den cloroformo, si la entiendo!

VENANCIA. Siga usté, Isidro, siga usté. ¿Qué me iba usté a contar?

ISIDRO. Se me ha olvidao.

VENANCIA. Falta saber, Venancia, empezó usté...

ISIDRO. ¡Ah! Si. Ya sé. Falta saber, Venancia... ¡Si viera usté que no me acostumbro a esto de Venancia!

VENANCIA. ¡Suprima el nombre, hombre de Dios! Y acabe, por su madre. ¿Qué es lo que falta saber?

ISIDRO. Al tanto de lo que hablaba usté de la educación y de la suerte de su chica, que por haber estao en París habia pescao, según usté, un novio de tantas campanillas, le decia yo a usté, o le iba a decir, por lo menos, que faltaba saber si la Manolita seria más feliz casándose con ese título, que si se hubiera casao con el Daniel, pongo por muchacho decente, honrao y trabajador.

VENANCIA. ¡Ah! Yo de eso no sé. Lo que si puedo asegurarle a usté es que si mi hija se hubiera casado con Daniel, no habría sido marquesa.

ISIDRO. ¡Ya! Y aquí, por lo visto, lo que importa es

el marquesao y no la felicidá. Está usté buena... ¡Venancia!

VENANCIA. (Después de mirar hacia la escalera.) ¡A ver! ¡Calle usté, que Severiano se acerca! Ahí viene. Por lo que noto no ha debido saberse la lección.

ISIDRO. ¿Y se lo llevan al Parque del Oeste?

VENANCIA. ¿Cómo se ha enterado usté? ¡Esa cotilla de Vicenta'...

ISIDRO. No le diga usté na, comadre. Haga usté el favor.

VENANCIA. ¡Qué servidumbre!

(Por la escalera bajan SEVERIANO y EL PRECEPTOR; aquel de chaquet, hongo y abrigo al brazo y éste de sotana, teja y babero. Severiano viene muy amoscado. Ni uno ni otro se dan cuenta de la presencia en escena de Isidro y de Venancia hasta que se indique en el diálogo. El Preceptor usa gafas de concha.)

EL PRECEPTOR. (En tono de amonestación.) Come on, mister Paredes, come on! You are very indolent and idle. We must work this afternoon.

SEVERIANO. (¡Con él! ¡Señores, qué tio posma!)

EL PRECEPTOR. Waht a beautiful day! Come along, don Severiano, come along!

SEVERIANO. ¡Si señor! Cam elong. ¡Camelo en español! (¡Es que no le entiendo una palabra!)

EL PRECEPTOR. D'ont look yu mor pretexts! To walk! To di clas!

SEVERIANO. ¿Cómo?

EL PRECEPTOR. You are incorrigible!

SEVERIANO. ¿Incorregible yo?

EL PRECEPTOR. You!

SEVERIANO. (¡Bueno, le voy a dar un día una clase de torta, que se le van a hinchar las gafas!)

EL PRECEPTOR. Let us go into the street.

SEVERIANO. Ya, ya. (¡Tu abuelo el de Escocia!)

EL PRECEPTOR. (Saludando a Venancia e Isidro.) Oh! Good afternoon, madam. Good afternoon, mister.

ISIDRO. Servidor.

VENANCIA. Servidora.

SEVERIANO. (Abriéndole los brazos) ¡Señor Isidro!

ISIDRO. (Levantándose y abrazándole.) ¡Señor Severiano!

SEVERIANO. ¿Le parece a usté? (Mostrándole al Preceptor.)

ISIDRO. A mí, no, señor. ¿Tengo yo cara de mochuelo?

(Se rien los los dos. Por la primera derecha sale ESTEBAN.)

ESTEBAN. ¡Salud, padrino!

ISIDRO. ¡Hola, chico!

ESTEBAN. (Al Preceptor.) Good afternoon.

EL PRECEPTOR. Good afternoon, mister.

ESTEBAN. Does my father progress?

EL PRECEPTOR. Very little, veri little.

ESTEBAN. ¿Oyes, papá?

SEVERIANO. ¿Eh?

ESTEBAN. Dice el Preceptor que adelantas poco, que no progresas.

SEVERIANO. Pero ¿qué voy a progresar, hijo mío, si no me entero de na de lo que habla?

EL PRECEPTOR. He neglects the pronunciation. He does not progress at all.

ESTEBAN. (A su padre.) Que descuidas la pronunciación, que te quedas atrás.

SEVERIANO. ¿Que me quedo atrás? (A Isidro.) ¡A ver si le doy esquinazo!

ESTEBAN. No saldrás hoy con él ¿verdad?

SEVERIANO. Estando aquí el señor Isidro...

ESTEBAN. ¡Claro!

ISIDRO. No. Por mí...

(Esteban cambia unas palabras en voz baja con el Preceptor.)

SEVERIANO. (A Isidro, confidencialmente.) ¡Calle usté, compadre, que ha sido usté mi Providencia!

EL PRECEPTOR. (A Esteban.) Oh, very uél, very uél. (Despidiéndose.) Good afternoon,madam. Good afternoon, misters. Good afternoon.

ESTEBAN. Good bye.

SEVERIANO. (¡Así te coja una comparsa!)

(Por la puerta cancela sale el Preceptor, acompañado hasta el umbral por Esteban; luego Esteban cierra la puerta.)

ESTEBAN. ¿Y Candelas, padrino?

ISIDRO. Tan buena como está.

ESTEBAN. (¡Vaya si está buena!)

ISIDRO. Me dijo que iba a venir a traerle a tu hermana no sé que prenda de las que está bordando pa su ajuar.

ESTEBAN. Me alegro. Así tendré el gusto de saludarla.

ISIDRO. El gusto será de ella.

ESTEBAN. Con su permiso, subo a vestirme.

ISIDRO. ¡Anda con Dios!

VENANCIA. Aguarda, Este, que me voy contigo. (Despidiéndose.) Isidro...

ISIDRO. ¿Se marcha usté, comadre?

VENANCIA. Para dejarles a ustedes en libertad de hablar. Ha tomado usté posesión de su casa.

ISIDRO. Muchas gracias. Ya sabe usté donde tiene la suya.

VENANCIA. Gracias.

ESTEBAN. ¡Hasta otro día, padrino!

VENANCIA. Y que no se haga tanto desear.

ISIDRO. Descuide. (Venancia y Esteban se marchan por la escalera. Isidro se vuelve hacia Severiano.) ¡Señor Severiano de mi alma!

SEVERIANO. ¡Señor Isidro de mi corazón!

ISIDRO. Pero, esto ¿qué es?

SEVERIANO. Que si no estamos tos locos, nos falta tanto así.

ISIDRO. ¿Usté de americana de cola? ¿Usté con cura de babero? Pero ¿qué ha pasao aquí?

SEVERIANO. ¡Que me han convencido, que me han anulao, que me han hecho papilla! Siéntese usté, compadre, siéntese usté, que yo le cuente mi calvario. (Se sientan los dos hacia la izquierda.)

ISIDRO. ¡A ver, hombre, a ver! ¡Que sepamos, señor Seve!

SEVERIANO. ¡La caraba, compadre! Entre unos y otros han acabao con mis antiguas energías. Claro es que, si he accedido a colocarme en este plan cañón que

usté me ve, ha sido porque la razón estaba toda de parte de los chicos.

ISIDRO. De acuerdo, sí, señor.

SEVERIANO. Educaos por nuestro gusto en lo mejor de lo mejor, acostumbraos a alternar con gente rica y de postín, no era cosa de obligarles ahora a encerrarse en el barrio y, naturalmente, pa no desentonar al lao de ellos, hemos tenido su pobre madre y yo que ponernos, deprisa y corriendo, a nivel de sus circunstancias y aquí nos tiene usté en vilo constante.

ISIDRO. ¡Vaya por Dios!

SEVERIANO Las estamos pasando negras; yo, principalmente, porque mi mujer, —mujer, al fin de cuentas, — en seguida se ha hecho cargo y se conduce como si toda la vida no hubiera tratao más que con marqueses.

ISIDRO. Ya lo he visto.

SEVERIANO. Pero, yo... ¡Yo es que no doy una! To me coge de nuevas y a traición. Calcule usté. sin ir más lejos, el otro día que se empeñaron en llevarme a Sakuska, —ninguna cosa fea, no crea usté, aunque el nombrecito lo parezca; —un salón pa merendar la gente fina, que hay en la calle de Alcalá, un poco más arriba de la Cibeles.

ISIDRO. ¿Makuska?

SEVERIANO. Sa. Sakuska; con ese. Sakuska quiere decir, en ruso, ensaladilla.

ISIDRO. ¿También sabe usté ruso, compadre?

SEVERIANO. ¿Yo? Ni siquiera español, señor Isidro. No me tome usté el pelo.

ISIDRO. ¡Hombre, como me lo ha traducido usté así, con esa facilidad!...

SEVERIANO. Porque me lo dijo el Esteban. No se pitorree usté encima.

ISIDRO. ¿Yo, compadre?

SEVERIANO. ¡Vamos a dejarlo y oígame usté! ¡Me quedé patitieso en el dichoso saloncito!

ISIDRO. ¡Ah! ¿Sí?

SEVERIANO. Sí, señor. Yo siempre había creído que las servilletas servían pa limpiarse.

ISIDRO. Y yo también.

SEVERIANO Está usté tan errao como yo. La servilleta, al menos en Sakuska, sirve pa ponerla debajo del platillo que sostiene la taza del té. Limpiarse, se limpia uno en los manteles.

ISIDRO. ¡Es curioso!

SEVERIANO. ¡Qué va a ser curioso! Es una porquería, pero es lo smart, como dice mi chico. Y de estas y como estas, ciento por minuto.

ISIDRO. ¡Si que está usté aviao!

SEVERIANO. ¡Hecho migas! ¿No le digo a usté?

ISIDRO. Y pa desengrasar, el Preceptor.

SEVERIANO. Por su salud, no me hable usté del Preceptor, que me trae sin sueño. ¡Eso ha sido el inri! Cada vez que salgo a la calle con el abate Jamón ese de las veinte curas y me encuentro, por casualidad, a un compañero de mus de los de allá abajo, es que se me abren las carnes; creame usté.

ISIDRO. Le creo.

SEVERIANO. ¿Sabe usté lo que me pasó la otra tarde con el señor Matías?

ISIDRO. ¿El verdulero?

SEVERIANO. Tuvo la mar de gracia, aunque a mí, de momento, no me hizo ninguna. ¿Pa qué le voy a engañar? Figúrese usté que iba yo con el tío del babero paseando por el Retiro y al llegar frente al estanque nos tropezamos con el señor Matías. El señor Matías se paró, nos miró, no me saludó, se acercó al Preceptor y, con una cara de guasa que metía miedo, al mismo tiempo que sacaba una perra del bolsillo y se la daba al cura, le dijo: vaya, tenga usté, señor; pa que le compre usté al niño un pirulí, si ha sido bueno. Y nos volvió la espalda. ¡Pa estrellarlo, vamos!

ISIDRO. ¿Y se lo compraron a usté el pirulí?

SEVERIANO. ¡Compadre!

ISIDRO. Porque no hubiera estao pesao.

SEVERIANO. Excuso decirle a usté que me ha dejao imposibilitao pa volver a la tienda en seis meses. ¡Cualquiera asoma las narices por Cascorro!

ISIDRO. Le compadezco a usté.

SEVERIANO. Pero to por los hijos, compadre. Ellos mandan.

ISIDRO. Usté se lo ha buscao.

SEVERIANO. Yo, si señor; no tengo a quien quejarme. ¡Esa es la verdad! ¡Cuántas veces lo he hablao con mi mujer! To esto nos pasa por no haber querido seguir los consejos del señor Isidro. Pregúntele usté a ella y se lo dirá. ¡Cuántas veces!

ISIDRO. (Levantándose.) Enfin, señor Severiano, peor sería no verlo.

SEVERIANO. ¿Se marcha usté?

ISIDRO. Si usté no dispone otra cosa... (Dentro suena el timbre de la puerta.) Han llamao. (Va a abrir.)

SEVERIANO. (Levantándose.) Deje usté. Ya abrirá la chica.

ISIDRO. ¿Qué más da?

SEVERIANO. (Intentando abrocharse el chaleco, que es de los de botones interiores y exteriores.) (¡Este chaleco tiene más agujeros que una flauta!)

(Isidro abre la puerta cancela y en el umbral aparecen VALLEJO y EL MARQUES DE RONDA. El marqués es un señorón de cincuenta años, todo fachada. Viste con ostentoso lujo, quizás pensando con el personaje benaventiano que nada importa tanto en la vida como un buen traje. Es nn tipo que a veces parece tonto y a veces demasiado listo; en el fondo no es más que un sinvergüenza elegante. Su trato cordialísimo le granjea amistades y simpatías que él suele utilizar en provecho propio.)

EL MARQUES. ¿Don Severiano Paredes?

ISIDRO. Señor Seve, aquí le buscan.

SEVERIANO. ¿A mí?

VALLEJO. ¡Caray, señor Isidro!

ISIDRO. ¡Hola... termómetro!

VALLEJO. ¿Termómetro?

ISIDRO. ¡Ya sabrá usté por qué lo digo!

VALLEJO. Lo ignoro en absoluto.

ISIDRO. Pos, haga usté memoria. ¡Me iba yo a quedar con esa dentro del cuerpo!

VALLEJO. Pero ¿qué dice este hombre?

SEVERIANO. Pase usté, señor. Pase, Vallejo

ISIDRO. ¡Hasta otra, señor Seve! Buenas tardes. (Vase por la puerta cancela. El Marqués y Vallejo le saludan con una inclinación de cabeza y Severiano sale hasta la puerta a despedirlo)

SEVERIANO. ¡Adiós, señor Isidro! Buenas tardes. (Queda un momento a la puerta hasta que se supone que ha perdido de vista a su compadre. Mientras tanto hablan en voz baja, colocados en primer término, Vallejo y el Marqués.)

EL MARQUES. Yo estoy en pedirle las treinta mil. Usted, ¿qué opina, amigo Vallejo?

VALLEJO. Que hará usté mal, señor marqués. Si le saca usté las quince, ya es un triunfo.

EL MARQUES. ¡Hombre, las quince ni que hablar! Pero me parece idiota no aprovechar la feliz circunstancia de que mis hijos se hayan puesto en relaciones con los suyos.

VALLEJO. ¡Allá usté! Yo me lavo las manos.

EL MARQUES. Ha debido usted lavárselas antes de venir.

VALLEJO. ¿Cómo?

EL MARQUES. Usted déjeme a mí, Vallejo.

VALLEJO. Por dejao, señor Marqués,

SEVERIANO. (Dejando entornada la puerta cancela y acudiendo a sus visitantes.) Perdonen ustedes...

EL MARQUES. De nada. ¡Por Dios!

SEVERIANO. ¿A qué debo el placer...?

VALLEJO. (Presentando.) El señor marqués de Ronda...

SEVERIANO. (Azoradísimo.) ¿Cómo? ¿Qué? ¿El señor marqués en mi casa? ¡Qué honra! ¡Que *sastifación!* Tome usté asiento, señor marqués. Yo no sabía... (A Vallejo.) Y usté que no me ha avisao... ¡Esto se avisa!

EL MARQUES. No se esfuerce, amigo Paredes, no se esfuerce. Ha tiempo que debía haber venido a saludarle, pero mis ocupaciones, mis múltiples cargos, mis compromisos, mis tareas, cada día aumentadas, el ministro, el embajadar, el alto dignatario, el... la... lo...

SEVERIANO. No se esfuerce usté tampoco, señor marqués, y hágame el favor de sentarse. (Se sientan los tres hacia la izquierda.) Es un honor pa mí recibir su visita.

(Severiano, al ver que el Marqués tiene puestos los guantes, saca disimuladamente de un bolsillo del pantalón los suyos y se los calza a hurtadillas de sus visitantes. Se nos ha olvidado decir que desde que sale Severiano debe dar la sensación de que todo le molesta y le lastima: el cuello, las botas, la corbata, el chaquet. El buen juicio del actor le hará sacar partido de estas cosas sin exajerar la nota demasiado.)

EL MARQUES. Muy obligado, Paredes, muy obligado. Es usted flor de amabilidad y espejo de cortesía. ¡Muy obligado! Ya le habrán dicho mis chicos la complacencia conque hemos visto sus relaciones amorosas con los hijos de usted.

SEVERIANO. Pa nosotros, señor marqués, es ese un motivo de orgullo que nos tiene sepultaos en el agradecimiento.

EL MARQUES. ¡Nada, Paredes, nada! Tata y yo estamos encantados con Nela y con Este; son dos perlas, dos perlas...

SEVERIANO. ¿Tata?

EL MARQUES. Mi mujer. Se llama Tadea, pero familiarmente la llamamos Tata.

SEVERIANO. ¿Y al chico Toto?

EL MARQUES. De Tomás.

SEVERIANO. ¿Y Titi a la chica?

EL MARQUES. De Timotea.

SEVERIANO. Y a lo mejor usté.,.

EL MARQUES. También. Tete, de Telesforo.

SEVERIANO. ¿De modo que Tata, Tete, Titi y Toto?

EL MARQUES. Así es.

SEVERIANO. (¡Releñe! Pos estos hijos míos van a emparentar con la cartilla.)

EL MARQUES. Tradición familiar, eternamente respetada. En nuestra rama todos los nombres han empezado siempre con T; desde el fundador, aquel rey godo llamado Teodorico, hasta el último descendiente, mi hijo Toto.

VALLEJO. ¡Es interesante!

EL MARQUES. ¿No conocía usté la tradición? Es muy curiosa. Ya nuestro escudo lleva en uno de sus cuarteles un martillo, forma de T, en campo de gules. La T puede decirse que es el emblema de la casa.

SEVERIANO. (Quitándose los guantes, al ver que el Marqués se los quita y jugando con ellos como juega el prócer.) (¡Anda! Y ahora se los quita.) (Ofreciéndole un cigarro al Marqués.) ¿Un puro, señor marqués?

EL MARQUES. Encantado.

SEVERIANO. ¿Un purito, amigo Vallejo?

VALLEJO. Estimando.

SEVERIANO. (Obsequiándose a sí propio.) Severiano... (Severiano saca un encendor y se lo ofrece al Marqués, saca otro y se lo ofrece a Vallejo y luego saca una caja de cerillas para encender él su cigarro. Cuando han encendido, el Marqués y Vallejo les devuelven a Severiano los encendedores, que éste no acepta.) Pa ustedes, pa ustedes. ¡Me quedan más!

(El Marqués y Vallejo cambian una mirada de inteligencia y luego se guardan los encendedores.)

EL MARQUES. (Saboreando el puro.) ¡Bien fuma usted, querido!

SEVERIANO. (Dándose importancia.) Aún los tengo mejores. Estos son los corrientes, los que uso a diario, los de andar por casa.

EL MARQUES. Es usted un sibarita.

SEVERIANO. No lo crea usté. Como poquísimo.

EL MARQUES. (Pero ¿qué creerá este animal que es sibarita?)

SEVERIANO. Más que comer, hago un five o clook thea o tomo un picadilly de grill room.

EL MARQUES. ¿Habla usted inglés?

SEVERIANO. (Presumiendo.) ¡Un poco!

EL MARQUES. Lo celebro. Yo también.

SEVERIANO. (¡Mi madre!)

VALLEJO. Bueno, señor marqués...

EL MARQUES. Voy, amigo Vallejo; ahora voy. Es tan amena y entretenida la conversación de don Severiano que llegé a olvidarme del asunto que aquí nos ha traí-

do, aparte el gusto de conocer a mi futuro consuegro, ¿eh?

SEVERIANO. ¿Pasa algo?

EL MARQUES. Nada, querido, nada; un pequeño contratiempo financiero que yo espero salvar fácilmente con su eficaz ayuda. En resumidas cuentas, nada. Nada para usted, ciertamente; mucho para mi, en este momento, difícil y angustioso. Mis colonos de Extremadura se han retrasado en el envio de las rentas y me encuentro en situación harto espinosa y lamentable. De no ser así, nunca me hubiera atrevido...

SEVERIANO. A ver, a ver... Expliquese, señor marqués, expliquese.

EL MARQUES. Todo sin importancia. No se alarme usted demasiado. El caso es que...

(En este momento, empujando la puerta cancela que dejó entornada Severiano, aparece en escena DANIEL, muy arregladito y compuestito.)

DANIEL. ¿Se puede pasar?

SEVERIANO. Adelante. Entra, Daniel.

DANIEL. Buenas tardes.

SEVERIANO. (Al Marqués.) Es el encargado de mi fábrica. (A Daniel.) Espera un poco, muchacho.

DANIEL. Concluya usté, concluya usté, que no traigo prisa.

(Se va hacia el foro y se entretiene mirando los cuadros.)

EL MARQUES. ¡Qué contrariedad!

SEVERIANO. ¿Decia usted?...

EL MARQUES. Nada, que es un fastidio tener que hablar ahora, delante de gente extraña.,.

SEVERIANO. ¿Quiere usté que pasemos a otra habitación? ¡Hay muchas en la casa!

EL MARQUES. Sentiría molestar.

SEVERIANO. De ninguna manera, señor marqués.

(Se levanta.)

EL MARQUES. Aguarde. Se me ocurre una fórmula. ¿Sabe inglés el encargado?

SEVERIANO. No, señor.

EL MARQUES. ¡Entonces! Somos felices. Podemos entendernos en inglés sin necesidad de movernos de aquí. ¿No le parece?

SEVERIANO. ¿Entendernos? Pero ¿usté cree que nos entenderemos?

EL MARQUES. Creo que sí.

SEVERIANO. ¡Ah, bueno, bueno! (Sentándose de nuevo.) Pos, por mí...

EL MARQUES. Very uél. The question is that I am in a momentary want of thirty thousand pesetas. Can you give them to me?

SEVERIANO. Yes.

EL MARQUES. The thirty thousand?

SEVERIANO. Yes, yes.

EL MARQUES. I am very much obliged to you. You avoid me to look for them, that is always vexing. I thank you very much, mister Paredes. Ai zenk yu very much.

SEVERIANO. Yes. (Lo mismo que con el Preceptor. ¡Ni una palabra!)

EL MARQUES. Many thancks. You are quite a gentleman. I had always tought so; but now I have the proof. Tank you, very much, Paredes. (Le da cariñosas palmadas en la espalda.)

SEVERIANO. (¿Qué me habrá dicho?) Yes, yes, Very uél.

EL MARQUES. ¡Obligadísimo, don Severiano, obligadísimo! Ya sabia yo que de su amabilidad podia esperarlo todo, ¡Obligadísimo! (Levantándose.) Y no le molesto más, querido.

SEVERIANO. (Levantándose también.) Señor marqués.,.

EL MARQUES. (A Vallejo, que tamhién se levanta,) Ya lo ha oido usted. ¡Las treinta mil! Luego me las deja usted en casa.

SEVERIANO. ¿Cómo?

EL MARQUES. A usted, señor Paredes. no tengo nada que decirle. ¡Obligadísimo! Vallejo ya queda en el encargo de llevarme el dinero.

SEVERIANO. ¿El dinero?

EL MARQUES. Las treinta mil pesetas que tan generosamente acaba usted de ofrecerme,

SEVERIANO. ¿Yo?

EL MARQUES. Ahora mismo. ¿Va usted a negarlo?

SEVERIANO. No, señor. (¡Ay, mi madre!) ¿Dice usted que treinta mil pesetas?

EL MARQUES. No digo yo; ha sido usted, usted el que graciosamente...

SEVERIANO. Graciosamente, si, señor. (¡No le veo la gracia!)

EL MARQUES. Igual me da billetes que un cheque.

SEVERIANO. Sí, señor; si, señor.

EL MARQUES. Y usted, Vallejo, ya sabe. Hasta luego ¿eh?

VALLEJO. Hasta luego. (¡Es un águila este marqués!)

EL MARQUES. Para usted, mi caro amigo, mi gratitud y mi devoción. ¡Adio, mio caro! ¡Caro, caro!

SEVERIANO. ¡Usté verá! ¡Treinta mil pesetas! ¡Ganga no es!

EL MARQUES. Au revoir. Good bye. ¡Buenas tardes! (Sale por la puerta cancela, dejando boquiabiertos a Severiano y a Vallejo.)

SEVERIANO. ¡Pero, oiga, oiga!... (A Vallejo,) ¿Treinta mil pesetas, Vallejo?

VALLEJO. Usté, que se las ha ofrecido.

SEVERIANO. ¿Yo? ¿Cuándo?

VALLEJO. Cuando hablaban ustedes en inglés.

SEVERIANO. ¡Pero eso es un timo!

VALLEJO. El timo del inglés.

SEVERIANO. Un timo con una T así de grande. ¡Mi madre! Si debia habérmelo supuesto. La T, el emblema de la casa. (Dirigiéndose hacia la escalera.) ¡Suba usté conmigo Vallejo, suba usté! Tú, Daniel, espérame. ¡Treinta mil pesetas de mi alma!... ¿Y éste es un Ronda? ¡Este es un randa! ¡Treinta mil pesetas!...

(Severiano, seguido de Vallejo, desaparecen por la escalera. Hay una larga pausa. Daniel pasea por el hall. Al cabo de un rato baja por la escalera MANUELA, ataviada como para salir a la calle. Entretenida en ponerse los guantes no repara en Daniel. Este, al advertir la presencia de la muchacha

detiene sus paseos y se queda contemplándola fijamente.)

MANUELA. (Asustándose al levantar la cabezay encontrarse de pronto con Daniel.) ¡Ay! ¡Chico, por Dios, qué susto me has dado! ¿Estabas ahí? Creí que no habia nadie. ¿Qué haces? ¿A quién esperas?

DANIEL. Aguardo a su padre, señorita

MANUELA. ¿Sabe que estás? ¿Le han avisado?

DANIEL. Ya me ha visto.

MANUELA. Ahora subía con Vallejo...

DANIEL. Lo sé.

MANUELA. ¿Por qué no te sientas? Siéntate.

DANIEL. Muchas gracias. Estoy bien así

MANUELA. Como quieras.

DANIEL. Por mi, no se preocupe usté.

MANUELA. Por ti me preocupo siempre. Ya lo sabes. No en balde nos hemos criado juntos y hemos sido tan buenos amigos. ¿No te acuerdas?

DANIEL. De que hemos sido buenos amigos, si, señorita. No lo olvido nunca.

MANUELA. Y de que lo somos.

DANIEL. Eso,..

MANUELA. ¿Es que lo dudas? ¿Tienes alguna queja de mí?

DANIEL. ¿Yo, señorita?

MANUELA. ¿Porqué me dices señorita y me hablas de usted? Háblame de tú y llámame Nela o Manuela, como antes.

DANIEL. ¡Como antes!... No. ¿Para qué? Prefiero decirle señorita.

MANUELA. ¡Qué bobada! Te has vuelto muy tímido, Daniel. De aquel chiquillo travieso y atrevido,— ¡y tan atrevido! no se si recordarás— no queda en tí ni sombra. Te has vuelto modoso, circunspecto, callado...

DANIEL. Puede ser.

MANUELA. Hay en ti un aire melancólico que no quisiera que tuvieses. Me gustaria verte alegre, decidido, como corresponde a tu juventud. Motivos no tienes para

dolerte de la vida. Mi padre te adora, ha depositado en ti su confianza, creo que te da un buen sueldo...

DANIEL. Más del que me merezco, que todo se lo debo a él en este mundo.

MANUELA. ¿Entonces? ¿A qué esa tristeza íntima, como de desilusión, de desengaño?

DANIEL. ¡Y usté me lo pregunta!...

MANUELA. Con ello te demuestro el interés que me inspiras.

DANIEL. Muchas gracias. Yo se lo estimo a usté.

MANUELA. ¿Da mucho que hacer el trabajo de la tienda?

DANIEL. Regular.

MANUELA. ¿Dónde comes ahora?

DANIEL. ¿Desde que ustedes se mudaron?

MANUELA. ¡Claro! Antes, ya sé que comias en casa.

DANIEL. Pos, como donde duermo; una pensión de la calle de Calatrava.

MANUELA. ¿Te tratan bien?

DANIEL. En lo que cabe...

MANUELA. Vives muy solo, Daniel, y muy abandonado. ¿Por qué no te casas? ¿Tienes novia?

DANIEL. No, señorita.

MANUELA. ¿No tienes novia?

DANIEL. No.

MANUELA. ¡Es raro!

DANIEL. ¡Qué quiere usté!

MANUELA. A tu edad, ¿qué muchacho no ha tenido un par de novias cuando menos?

DANIEL. Es posible.

MANUELA. ¿Y tú ninguna?

DANIEL. Ninguna.

MANUELA. ¿Ni te has enamorado nunca?

DANIEL. ¡Eso, sí!

MANUELA. ¡Ah! ¿Sí?

DANIEL. Creí que usté lo sabia.

MANUELA. No. ¿Por qué lo iba a saber?

DANIEL. Pensaba yo.

MANUELA. Cuéntame. Debe ser interesante.

DANIEL. ¿Interesante? No. Triste, si acaso.

MANUELA. Cuéntame.

DANIEL. ¿Pa qué? ¡Déjelo usté! No vale la pena.

MANUELA. Cuando te pido que me lo cuentes...

DANIEL. ¿No se enfadará usté conmigo luego?

MANUELA. ¿Por qué? ¡Vamos, habla!

DANIEL. Es que sentiría que usté se enfadase.

MANUELA. ¡Qué tonto eres! Como me voy a enfadar es si no hablas.

DANIEL. ¡Sea! Después de to y mientras su padre no me llame, en algo hemos de estar entretenidos. .

MANUELA. Por eso mismo. Cuenta.

DANIEL. ¡Qué extraña es usté, señorita! Como yo o mejor que yo se sabe usté lo que le voy a decir y, sin embargo, goza usté poniéndome en el trance de que se lo cuente.

MANUELA. Mira, Daniel, cállate, haz lo que quieras. ¡No te suplico más!

DANIEL. ¡No! Usté no me suplica a mi; usté me manda, señorita, y el Daniel muy gustoso de servirla siempre. ¡Oigame usté!

MANUELA. Ya te oigo.

DANIEL. Catorce años tenia yo y a mi vera vivía una chiquilla bonita como un cromo, alegre como unas castañuelas y más buena que el pan; conmigo jugaba, conmigo reia y conmigo se pasaba las horas. También catorce años tenia ella, Un dia se me acercó llorosa. ¿Qué te pasa, Ma... Maria?, le pregunté yo.

MANUELA. ¿Se llamaba Maria?

DANIEL. Si. Que mis padres me van a mandar fuera, me dijo; mañana me llevan a... Berlín y hemos de separarnos. ¿Separarnos?—Si, pero tú no te apures, Daniel, que yo me acordaré de ti siempre, siempre.—Y en la angustia de aquella despedida, nuestras bocas, sin querer, se juntaron. Fué un solo beso, el primero, el único, pero aún lo llevo aquí y me quema los labios.

MANUELA. (Bajando la vista al suelo.) ¡Daniel!

DANIEL. Pasaron los años, ella lejos de mi, yo lejos de ella, pero en mi pensamiento, fíjo su recuerdo constante. Pa ella trabajaba y por ella mis pequeños triunfos de obrero aventajao me llenaban de orgullo. To me parecía poco pa ofrecérselo. Y un dia volvió, señorita, volviô y cuando vió al Daniel, que la esperaba temblando de emoción, como si nada hubiera habido entre ellos, se limitó a decirle: tengo novio, ¿sabes? ¡Un marqués! Y le volvió la espalda. Desde entonces que el Daniel no es el mismo; tiene usté razón, señorita.

MANUELA. La culpa es tuya, tonto, por haber forjado en una aventura de chiquillos sin importancia todo un castillo de ilusiones.

DANIEL. Así debe ser.

MANUELA. ¡Qué duda! Olvida aquello que pasó y enamórate de otra. ¡Así que no hay mujeres en el mundo! ¡Enamórate, muchacho!

DANIEL. ¿Eh?

MANUELA. Te hablo con la experiencia de mi misma. ¡Mírame enamorada y feliz! El amor da un optimismo y un modo de verlo todo de color de rosa.

DANIEL. ¡Quizás!

MANUELA. No lo dudes, Daniel. Te lo aseguro. ¿Por que no te casas? ¿Por qué no piensas en elegir tu compañera? Una mujercita buena, humilde, de tu clase, que el día de mañana sea la madre de tus hijos, la que vele tus sueños y mitigue tus penas... (Arteranente ha ido acercándose a Daniel hasta poner la cara junto a la suya, envenenando al pobre muchacho con su aliento. Daniel, embelesado por las palabras que oye, está a punto de besarla en la boca, pero ella, con rapidez felina, esquiva el asalto y suelta una burlona carcajada, que deja desconcertado al chico.) ¿No lo has pensado aún?

DANIEL. No; no lo he pensado, no.

MANUELA. ¡Pues, piénsalo, hombre!

DANIEL. Lo pensaré. Descuide usté que lo pensaré. Se lo prometo.

MANUELA. Y ten cuidado en la elección, que hay mujeres muy malas.

DANIEL. Muy malas! Tiene usté razón, señorita; tan

malas que ni siquiera parecen mujeres. ¡Ya ve usté!

(Manuela vuelve a reirse y Daniel la mira con ira y con rencor. Por la puerta cancela aparece CANDELAS, con un envoltorio en la mano en el que guarda un cuadrante de cama, admirablemente bordado por ella.)

CANDELAS. (Empujando la puerta.) ¿Estorbo?

MANUELA. ¡Nunca, Candelas! Pasa.

CANDELAS. ¡Hola, Daniel!

DANIEL. ¡Hola!

CANDELAS. (Mirando al muchacho fijamente.) ¡Mala cara tienes, chico! Tú no te has acostao esta noche. ¿Has estao en el baile?

DANIEL. ¿Yo?

CANDELAS. No lo niegues, porque lo sé.

DANIEL. (Con una sonrrisa triste.) Piensa lo que quieras.

CANDELAS. Lo que quiera, no; la verdad. ¡Mírame! (A Manuela.) Te advierto que está desconocido. Un partido tiene en el barrio... Se lo rifan las chicas.

MANUELA. No me ha dicho a mí eso.

CANDELAS. ¡A tí qué va a decirte! Y con fundamento, ¿eh? Eso es aparte. Porque es muy guapo y muy pinturerito y muy bien plantao... ¡Un hombre, Manuela, un hombre! Mejor que muchos.

DANIEL. ¡Qué tonta eres!

MANUELA. ¿Me traes eso?

CANDELAS. ¿Cómo no? Aquí lo tienes. (Saca del envoltorio el cuadrante y se lo da a Manuela.)

MANUELA. (Viéndolo con admiración.) ¡Chica, qué preciosidad! Si parece que no lo han tocado manos.

CANDELAS. Pos, de trabajo tiene lo suyo. Tres dias me ha llevao.

MANUELA. Ya, ya. ¡Qué lindeza! ¡Qué maravilla!

CANDELAS. Hace fino, ¿verdad?

MANUELA. ¡Un sueño, chica! Un encanto.

(Por la escalera baja ESTEBAN, dispuesto para salir a la calle. con gabán, bastón, sombrero, guantes, etc.)

ESTEBAN. ¡Daniel!

DANIEL. ¿Qué hay, Esteban?

ESTEBAN. De parte de mi padre, que subas.

DANIEL. Voy. (Vase por la escalera.)

ESTEBAN. (Acercándose a Candelas.) ¿Candelitas?

CANDELAS. ¡Anda! Ya está aquí este punto.

ESTEBAN. ¡Tú, no ofendas! ¿Yo punto?

CANDELAS. Cardinal. ¿No te llamas Este?

ESTEBAN. Y ¿qué?

CANDELAS. Que los puntos cardinales son cuatro: Norte, Sur, Este y Oeste, al menos en España. Ahora, como tú has estudiao en Inglaterra...

ESTEBAN. ¿Sabes que te estás volviendo muy guasona?

CANDELAS. ¿Yo?

ESTEBAN. Te ries de todo.

CANDELAS. De tí, desde luego.

ESTEBAN. De mí, ¿por qué?

CANDELAS- ¡Anda, éste, por qué! Porque me das risa.

ESTEBAN. ¿Tengo monos?

CANDELAS. Casi, casi.

ESTEBAN. ¿Cómo?

CANDELAS. Tienes... Titi. (Se rie.)

ESTEBAN. ¡Candelas!

CANDELAS. Perdóname. Te lo he dicho en broma.

ESTEBAN. ¡Verás tú un dia!...

CANDELAS. ¿Un dia? Veo todos, gracias a Dios. Y que El me conserve la vista.

ESTEBAN. Con que te conserve los ojos.

CANDELAS. Te participo que pa lo que hay que ver...

ESTEBAN. Hay poco, ¿verdad?

CANDELAS. ¡Poquísimo! Fíjate ahora, que te estoy viendo a tí. ¿Quieres menos?

(Por la puerta cancela entran en escena TITI y TOTO, con trajes de calle.)

ESTEBAN. ¡Mira, Candelas!...

CANDELAS. (Apartándose de él.) ¡Hala, tú, que tienes ahí al guardia de la porra!

TITI. No diréis que nos hemos tardado.

TOTO. Pero, ya estaban esperándonos.

MANUELA. Ven acá, Titi, mira esto. (Le enseña el cuadrante.)

TITI. ¡Chica, qué primor! ¿Quién te lo ha hecho?

MANUELA. Candelas, mi bordadora; la que me está cosiendo todo el trousseau.

TITI. ¡Ay, oye! ¿Si? (A Esteban.) ¿Querrá coserme a mí el mio?

ESTEBAN. No sé. Pregúntaselo.

MANUELA. (A Toto, mostrándole el cuadrante.) ¿Te gusta?

TOTO. Mucho,

TITI. (A Candelas.) Muy bonito —¿eh?— muy bonito. Borda usted muy bien.

CANDELAS. Eso dicen.

TITI. Tendrá usted que ir a casa para que yo le dé unas cosas.

CANDELAS. Usté perdone.

TITI. ¿Cómo?

CANDELAS. Que una servidora no toma más trabajo que el de su gusto.

TITI. ¿Qué quiere usted decir?

CANDELAS. Que he bordao el ajuar de la Manuela por que es una amiga antigua, pero que pa bordar el de usté, no tengo tiempo.

TITI· Ni falta que me hace.

CANDELAS. Lo celebro tanto.

TITI. Y siento haberla molestado.

CANDELAS. ¡De nada!

TITI. ¡Hija, qué humos!

CANDELAS. Ya, ya.

TITI. (A Esteban.) C'est une bichette très mal elevée

ESTEBAN. Tu crois?

TITI. Allons—en! Quel geste olympique! Que pourra-t-elle donc, penser?

ESTEBAN. Ne te fache pas.

CANDELAS. ¡Purratel!... Pero ¿qué es eso de purratel? (Quitándole a Manuela el cuadrante de la mano.) ¡Vamos, trae acá, chica, que lo voy a subir pa que lo vea tu madre! (Y luego dirigiendo a la pareja que forma Titi y Esteban una mirada de enojo, se mar-

cha por la escalera canturreando a media voz.)

«¡Que no pué ser,
que no pué ser
bailar el chotis
traducido del francés!»

(Y coronando el mutis con una sonora carcajada, desaparece.)

ESTEBAN. Sotte!

TITI. Laisse—moi! Va-t-en!

ESTEBAN. Mais, non, cherie! Ne di pas ça!

TITI. Je te dis de me laisser! Estupide! Bêle!

ESTEBAN. Si tu pourrais voir quelle joli tête tu fais!...

TITI. Allez au diable!

ESTEBAN. Tu verras!

TITI. Approche-toi. Plus. Plus. (Esteban se acerca a Titi poco a poco.) Comme ça. Est-ce que tu m'aimes?

ESTEBAN. Non, et toi? M'aimes tu?

TITI. Je voudrais bien ne pas t'aimer! Mechant! (Se estrechan las manos y se ríen los dos.)

TOTO. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Nos vamos a pasar aquí la tarde?

TITI. Pot mí, cuando estos digan.

TOTO. En el coche ya tengo los ramos.

ESTEBAN. Compraremos también confetti.

TITI. ¡Ay, chico, confetti, no, que es muy antipático!

MANUELA. Mejor caramelos y bombones.

ESTEBAN. Lo que querais.

TITI. Y ¿qué hora es?

TOTO. Hora de irnos.

MANUELA. Aguarda un poco, tú.

(Toto se empareja con Manuela hacia la derecha y Titi con Esteban hacia la izquierda, cuchicheando en voz baja. Por la escalera bajan CANDELAS y DANIEL y se quedan un momento contemplando el cuadro que ofrecen los enamorados.)

CANDELAS. (A Daniel.) ¡Digo! ¿Te parece?

DANIEL. Es incomprensible ¡Que el Esteban te deje a ti por esa quisquilla!...

CANDELAS. ¡Y que a ti la Manuela te desprecie por ese langostino!...

DANIEL. A mi ¿qué más me da?

CANDELAS. ¡Pos anda, que a mi!...

DANIEL. ¡Si tú quisieras ser mi novia, Candelas!

CANDELAS. ¿Yo tu novia, Daniel?

DANIEL. ¿Te parezco mal?

CANDELAS. To lo contrario.

DANIEL. ¿Entonces? ¿Quieres?

CANDELAS. ¡Daniel!

DANIEL. ¡Contéstame!

CANDELAS. (Riéndose.) ¡Pero, chico, qué prisa te ha entrao de pronto! Eso tengo yo que pensarlo.

DANIEL. ¡Ha de ser ahora, Candelas!

CANDELAS. ¿Ahora? ¡Bueno! ¿Qué más dá? Después de pensarlo, te iba a decir que sí...

DANIEL. ¡Y ole mi niña!

(Al grito de Daniel, Manuela y Esteban vuelven la cara sorprendidos.)

MANUELA. Pero, esto ¿qué es? ¿Qué os pasa?

DANIEL. Na, señorita; que he seguido sus consejos y ya tengo novia. ¡Esta!

MANUELA. ¿Candelas?

ESTEBAN. ¿Qué?

DANIEL. ¡Me parece que es bien bonita y bien buena! ¡Una mujer!

CANDELAS. ¡Tampoco al novio hay que echarle a la basura!

MANUELA. Pero, ¿qué ha sido, tú?

CANDELAS. Pa mi un escopetazo, vamos, un purratel como diría aqui la señorita, por que no me lo esperaba, la verdad. Ahora, que mejor, ni soñao, porque es un hombre. ¡Un hombre!

TOTO. ¡Enhorabuena!

CANDELAS. Gracias.

MANUELA. ¡Que seais felices!

DANIEL. De eso, ya me encargaré yo. ¿Verdad, chiquilla?

CANDELAS. ¡Anda, cobero!

DANIEL. Buenas tardes.

CANDELAS. ¡Queden con Dios! (Se cogen del brazo.)

DANIEL. (A Esteban.) ¡Una tontería de mujer!
CANDELAS. (A Manuela.) ¡Nadie me llevo!

(Y comiéndose con los ojos salen contentos y felices por la puerta cancela. Manuela y Esteban se quedan un largo rato como petrificados. Por la escalera bajan VENANCIA, SEVERIANO y VALLEJO, éste contando varios fajos de billetes de a mil pesetas.)

SEVERIANO (A Vallejo.) ¡Que van las treinta mil!
VALLEJO. Ya, ya. ¡Buenas tardes! (Cruza el hall y vase por la puerta cancela)
VENANCIA. ¡Hola, hijos míos!
SEVERIANO. ¿Qué haceis aquí todavía?
TITI. No sé.
TOTO. ¿Vamos, o qué?
MANUELA. ¡Idos vosotros! Yo me quedo.
TOTO. ¿Que tú te quedas?
(Manuela se arranca, más que se quita, el sombrero y lo tira en cualquier parte.)
ESTEBAN. ¡Y yo también! (Se quita el sombrero y lo tira.)
TITI. ¿Que tú también?
MANUELA. ¡Me duele la cabeza! (Se quita los guantes.)
ESTEBAN. ¡También a mí! (Se quita los guantes.)
TITI. ¿También a tí?
VENANCIA. Pero ¿qué os pasa? ¿Qué es esto?
MANUELA. (Mientras se despoja del abrigo.) ¡Nada, no es nada, que me encuentro mal, que no estoy de humor, que no salgo!
SEVERIANO. (A Esteban.) Y tú ¿qué es lo que tienes?
ESTEBAN. (Quitándose el abrigo,) ¡Pues, eso! ¡Nada! ¡Que no estoy bien, que me encuentro mal, que no salgo, vamos!
VENANCIA. ¡Pero, hijos, por Dios!
SEVERIANO. ¿Qué ha pasao aquí?
TOTO. ¿Y qué hago yo con los ramos?
MANUELA. ¿Para qué los has comprado?
TOTO. Para tirarlos.
MANUELA. ¡Pues, tíralos!
TOTO. ¡Nela!

MANUELA. ¡Que me dejes en paz! (Y se va de estampía por la primera derecha.)

TITI. ¡Este!

ESTEBAN. ¡Que te alivies! (Y vase de estampía por la puerta del jardín.)

TITI. ¡Este!

TOTO. ¡Nela!

VENANCIA. Pero ¿qué les ha dado?

TOTO. No sé.

TITI. No sé.

SEVERIANO. ¡Se han vuelto locos!

VENANCIA. ¡Nela! (Yendo detrás de su hija.)

SEVERIANO. ¡Este! (Yendo detrás de su hijo.)

VENANCIA. ¡Se han vuelto locos!

SEVERIANO. ¡Se han vuelto locos!

(Y ante la consternación de los padres y el asombro de Toto y de Titi, cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto Tercero

La misma decoración del acto segundo. En un rincón de la «serre», sobre una mesita ad hoc, un aparato de radio con alta voz. Entre la «serre» y la puerta del jardín, otra mesa con un servicio de té, de doce tazas. Es de día, en las últimas horas de la tarde del domingo de Piñata.

—

(Al levantarse el telón aparece, paseando por el foro, SEVERIANO. Viste de chaquet, como en el acto anterior. El aparato radia una lección de inglés. Severiano, mientras pasea, repite en voz alta las palabras que oye.)

EL APARATO. Adverbs of manner and sequence are usually formed by adding li to the adjetíves from wich they are derived; as, beautiful, beautifully; bad, badly; wise, wisely. Callos...

SEVERIANO. (Repitiendo,) Callos... ¡Algunas cosas las entiendo perfectamente!

EL APARATO. Callos...

SEVERIANO. (Repitiendo.) Callos...

EL APARATO. Lo mejor para los callos..,

SEVERIANO. (Repitiendo maquinalmente.) Lo mejor para los callos... (Indignándose,) ¡Vamos, hombre, pero si es un anuncio! (Yendo al aparato y cortando la onda.) ¡Nos ha matao el speaker!

(Empujando la puerta cancela, que estará entornada, entra en escena, de la calle, ESTEBAN.)

ESTEBAN. ¡Hola, padre!

SEVERIANO. ¡Hola, hijo! ¿De donde vienes?

ESTEBAN. Del partido. ¡Qué aburrimiento! Cada día me cansa más el fútbol. He perdido la afición. Por supuesto, al fútbol y a todo lo inglés.

SEVERIANO. ¡Anda! ¿Ahora que yo me voy acostumbrando?

ESTEBAN. ¿A qué?

SEVERIANO. A esta vida inglesa de no hacer más que comer, dormir, pasear y bañarme.

ESTEBAN. Pero, papá, eso no es privativo de Inglaterra.

SEVERIANO. ¡Ah! ¿No?

ESTEBAN. ¡Eso es universal!

SEVERIANO. ¡Ya decía yo!...

ESTEBAN. ¿Y la familia?

SEVERIANO. Arriba. Terminando de componerse supongo. Como hoy es el día grande en que han de venir los marqueses a pedir la mano de tu hermana...

ESTEBAN. Es verdad.

SEVERIANO. Imagina cómo estará tu madre. (Viendo a VENANCIA, que baja por la escalera hecha un brazo de mar y cargada de preseas.) Mítala. Aquí la tienes. Es doña Isabel la Católica, antes de vender las joyas.

(Detrás de Venancia, baja VICENTA y se queda al pié de la escalera esperando órdenes.)

VENANCIA. ¡Vamos, vamos! Pero ¿qué hacéis vosotros en el hall? ¡Andad para arriba!

SEVERIANO. ¿Ocurre algo?

VENANCIA. Que ya no han de tardar esos señores.

ESTEBAN. ¿Y qué?

VENANCIA. ¿Cómo que qué? ¿Y tú lo preguntas, hijo mío? Pues, que no es nada chic que os vean en el recibidor. Lo elegante en estos casos es que, al llegar, no encuentren a nadie, que la criada los anuncie y que esperen un poco.

ESTEBAN. ¡Ah, bueno!

SEVERIANO. ¡No te conozco, Venancia!

VENANCIA. ¡Que tenga una que estar hasta en esos detalles!... (A Vicenta.) ¡Tú!

VICENTA. ¿Señora?

VENANCIA. ¿Todo listo?

VICENTA. Sí, señora.

VENANCIA. ¿El té, las pastas, los *empaderados*.. ?

ESTEBAN. ¡Mamá!

VENANCIA. ¿Qué?

ESTEBAN. Emparedados.

VENANCIA. Es que no son de jamón; son de foie gras.

ESTEBAN. Aunque sean de pavo trufado. ¡Emparedados siempre!

VENANCIA. Está bien. Perdona. Ha sido un *lapso*.

ESTEBAN. ¡Bueno!

SEVERIANO. ¿Qué dice que ha sido?

ESTEBAN. Ha querido decir un lapsus.

SEVERIANO. Y eso ¿qué es?

ESTEBAN. Una equivocación. Cuando uno se equivoca se dice que ha cometido un lapsus.

SEVERIANO. Yo es que me quedo enbobao con tu madre. ¿Quién le ha enseñao a ella tantas cosas? Hay que ver lo lista que es y lo pronto que se ha impuesto de to.

VENANCIA. ¡Vaya, vaya, andad y no os entretengáis más tiempo! ¡Arriba!

SEVERIANO. ¡Vamos, hijo!

ESTEBAN. ¡Vamos!

SEVERIANO. ¡Qué madre tienes! ¡Es bestial! ¡Es brutal! ¡No he visto cosa igual! (Se van por la escalera.)

VENANCIA, (Yendo a la «serre».) ¡Esto, no, Vicenta; esto, no!

VICENTA. ¿El qué, señora?

VENANCIA. (Empezando a tirar almohadones al suelo.) Los almohadones, en los divanes, no; los almohadones por el suelo. Así, así, así. ¡No importa que los pisen! Pa eso se ponen. Así, así, así. (Dentro suena el timbre de la puerta. Venancia, al oír el timbre se queda con un almohadón en alto e impone silencio a

Vicenta.) ¡Chist! (Coloca el almohadón en el suelo con mucho cuidado y le habla a Vicenta en voz baja.) ¡Ellos son! Aguarda a que me vaya y no abras hasta que pase un rato. (Vase andando de puntillas por la escalera y, antes de desaparecer, le dice a Vicenta.) ¡Abre ya!

(Desaparece Venancia. Vicenta se dirige a la puerta cancela y la abre. En el umbral aparecen EL MARQUÉS DE RONDA, LA MARQUESA DE RONDA y TITI. La marquesa es una señora de mediana edad, todo afectación y gesto displicente.)

EL MARQUES. ¿Señores de Paredes?

VICENTA. Si, señor. aquí es. Pasen los señores. ¿A quién anuncio?

TITI. Diga usted que son mis papás, Vicenta.

LA MARQUESA. ¡Niña! (A Vicenta.) Anuncie usted señora marquesa y señor marqués de Ronda con su hija.

VICENTA. Está muy bien. Tengan los señores la bondad de esperar un momento. Con permiso de los señores. (Vase por la escalera.)

LA MARQUESA. (Al ver tanto almohadón por el suelo.) Oye, Tete, ¿son turcos?

EL MARQUES. ¿Turcos?

LA MARQUESA. Como no veo más que almohadones tirados...

EL MARQUES. Habrán tenido bronca. ¡Sí, hija, sí! Son de un rastacuerismo que espanta. Ya te lo he advertido.

LA MARQUESA. ¡Y pensar que por tus desaciertos bursátiles, una Cabrales, como yo, y un Rodríguez de la Higuera, como tú, tengamos que acceder a que nuestros hijos se casen con semejantes parvenús!...

EL MARQUES. Todo lo parvenús que quieras, pero con una de acciones del Banco de España como para empapelar la Telefónica.

LA MARQUESA. Pues, si no fuera por eso...

EL MARQUES. Es que eso es lo importante, Tata.

LA MARQUESA. ¡Siempre el odioso metal!

EL MARQUES. Odioso, pero necesario, Tata.

TITI. Aunque de origen modesto y sin una sólida

educación, son simpáticos y de trato agradable, mamá.

LA MARQUESA. ¿Quienes?

TITI. Doña Venancia y don Severiano.

EL MARQUES. ¡Calla, hija!

TITI. Y los chicos, criados en otro ambiente, están muy bien. Nela es una señorita y Este un gentleman.

EL MARQUES. Los chicos, si; pero don Severiano, a quién conozco, es una mula.

LA MARQUESA. Y ella, según me han dicho, es una rabanera con abrigo de petit gris. ¡Silencio!

TITI. ¡Aquí llegan!

(Por la escalera bajan ESTEBAN, VENANCIA y SEVERIANO. Los marqueses los reciben con grandes demostraciones de agrado, que contrasta con las frases pronunciadas en su ausencia.)

EL MARQUES. ¡Mis queridos amigos!... Señora... (Le besa la mano a Venancia.)

VENANCIA. Beso a usté la mano. (¡Anda y me la besa él!)

ESTEBAN. (Besando la mano.) Marquesa... Titi... Marqués... (Presentando.) Papá, mamá... La marquesa de Ronda...

SEVERIANO. (Besándole la mano.) Marquesa...

LA MARQUESA. Amigo mío...

VENANCIA. Marquesa... (Le va a besar la mano, en vista de que lo hacen los demás, pero la marquesa se lo impide.)

LA MARQUESA. ¡Por Dios! ¡A mis brazos, querida!

VENANCIA. Perdonen ustedes si han hecho mucha antesala, pero estábamos en el foyer jugando una partida de bridge.

LA MARQUESA. ¿Juega usted al bridge?

SEVERIANO. Y a la brisca. ¡Toas las tardes!

VENANCIA. Pero, siéntense. Hagan la merced...

SEVERIANO. Donde quieran. Como quieran. Están en su casa.

(Se sientan en el hall, menos Titi y Esteban que forman rancho aparte sentados en la «serre».)

LA MARQUESA. Muchas gracias. La suya, Alfonso XII, 13...

SEVERIANO. ¡Obligadísimo!

LA MARQUESA. ¿Pensaban salir esta tarde, quizás?

VENANCIA. No, señora.

ESTEBAN. Está el auto en reparaciones...

VENANCIA. No, hijo mío, que ya lo tenemos a la orden,

ESTEBAN. ¡Ah! ¿Sí? No sabia.

SEVERIANO. Hoy lo han traido.

VENANCIA. Un *Stodebaker*. Los chicos quisieron un... ¿Cómo es, hijo mio?

ESTEBAN. ¿Qué, mamá?

VENANCIA. Vuestro coche.

ESTEBAN. Chrysler. Ya lo conoce la marquesa.

VENANCIA. ¡Eso! Cres... Cris... ¡Eso!

EL MARQUES. Y ¿qué ha sido la reparación? ¿Alguna aleta torcida? ¿Algún gachapazo.

VENANCIA. (Señalando a Severiano) Mi esposo, que porque de niño montaba en bicicleta, según dice, creyó que era lo mismo manejar el volante y la otra tarde a poco si nos estrella en Tourledons.

EL MARQUES. ¿Dónde?

VENANCIA. Perdón. ¡El pícaro francés que se me sale! ¡En Torrelodones!

LA MARQUESA. ¡Vaya por Dios! No nos han contado nada los chicos. ¿Y se hicieron ustedes daño?

SEVERIANO. ¡Nada, marquesa! Ligeras *esquimosis*.

LA MARQUESA. Menos mal. A mí es que me dan un miedo los autos... Mis hijos se empeñan, a veces, en llevarme en el suyo y siempre voy soliviantada.

VENANCIA. ¡Anda! Como yo. Pero, hija, si no se tiene coche, la gente la toma a una por una cualquier cosa...

LA MARQUESA. Tiene usté razón.

VENANCIA. Y no hay más remedio que comprarlo pa que no digan. ¡Es así y dicen!...

LA MARQUESA. ¡Ya lo creo!... (Pausa.)

VENANCIA. ¡Je!

LA MARQUESA. ¡Je!

SEVERIANO. ¡Je, je!

EL MARQUES. ¡Hermoso dia!

VENANCIA. ¡Hermoso!

LA MARQUESA. ¡Bonito domingo de Piñata!

SEVERIANO. No se quejarán las mascaritas.

LA MARQUESA. ¡Vaya!

SEVERIANO. ¿Adónde? (Intentando levantarse.)

LA MARQUESA. ¿Cómo?

SEVERIANO. No, nada. (Sentándose de nuevo.)

LA MARQUESA. ¡Ah!

VENANCIA. ¡Je!

LA MARQUESA. ¡Je!

SEVERIANO. ¡Je, je!

EL MARQUES. Bien, pues, ya sabrán ustedes cual es el objeto de nuestra visita.

VENANCIA. Si, señor. Lo suponemos.

EL MARQUES. Nela y Toto se quieren; están en casarse y nosotros, por nuestra parte, encantados de la feliz elección de nuestro primogénito...

SEVERIANO. De su hijo, claro.

EL MARQUES. ¡Claro que de mi hijo!

SEVERIANO. No, es que le habia entendido primo. Perdone.

EL MARQUES. Mi primogénito, mi hijo el mayor...

SEVERIANO. ¡Claro, claro! Perdone. Ha sido un *lazo*.

EL MARQUES. ¿Eh?

VENANCIA. ¡Cállate. Seve, y deja al marqués que hable! (Al marqués.) Siga usté.

EL MARQUES. Nada. Decia, señora, que, gustosísimos nosotros del proyectado matrimonio, tenemos en este solemne momento el alto honor de pedir a ustedes la bella mano de su no menos bella hija Nela para nuestro hijo Toto.

SEVERIANO. El honor es el nuestro, marqués.

VENANCIA. ¡Cállate, Seve! Aquí los honraos somos nosotros, que nunca esperamos vernos tan favorecidos por la suerte. ¡Emparentar con los marqueses de Ronda colma la medida de todas nuestras ambiciones!

LA MARQUESA. Para nosotros es también un legítimo orgullo emparentar con ustedes.

VENANCIA. ¡Por Dios, marquesa! Me va usté a hacer llorar.

LA MARQUESA. Lo digo como lo siento. Nada tiene que ver que yo sea una Cabrales...

SEVERIANO. ¿Cómo?

EL MARQUES. El apellido de mi mujer.

SEVERIANO. ¿Cabrales? La mia es Villalón.

LA MARQUESA. La nobleza no está en los pergaminos; se lleva en el corazón.

VENANCIA. ¡Señora!

LA MARQUESA. Para usted, desde hoy, una allegada.

EL MARQUES. Pero ¿qué es eso de usted, Tata? ¿No somos, a partir de este instante, una misma familia? Pues, de tú por tú. ¿No te parece, Severiano?

SEVERIANO. ¡Chico, lo que quieras!

EL MARQUES. Waht are yours bussines my dearly freind?

SEVERIANO. ¡No! ¡En inglés, no! (¡Otro sablazo, no!) A mí, en español y clarito. ¡Que te conozco, Tete!

LA MARQUESA. Y Nelita, ¿no sale?

VENANCIA. ¿Cómo no? ¡Seve, toca el timbre!

Severiano se levanta y no sabe que timbre tocar, si el que está cerca de la puerta de entrada, si el que está junto a la del jardin o si el que está al pié de la escalera; al fin se decide por este último.)

SEVERIANO. ¡Voy, Vene!... ¡Tenemos tantos!...

(Por la escalera baja VICENTA.)

VICENTA. ¿Llamaban los señores?

VENANCIA. Haz, el favor de decirle a la señorita Nela que baje.

(Vicenta se va por la escalera.)

LA MARQUESA. (Señalando a la pareja que forman Titi y Esteban.) Ahora, a ver cuándo nos devolveis la visita...

VENANCIA. ¿Oyes, Este? Eso va contigo.

SEVERIANO. ¡Primo! ¡Primogénito!

ESTEBAN. ¿Qué?

VENANCIA. Que dice la marquesa...

LA MARQUESA. Mujer, si nos vamos a hablar de tú no me llames marquesa. Dime Tata,

VENANCIA. Es verdad. Pos que dice la Tata que a ver cuándo les devolvemos tu padre y yo la visita.

ESTEBAN. ¿Cómo? ¡No comprendo!

VENANCIA. ¡Pasmao, que a ver cuándo pedimos nosotros pa tí la mano de tu novia!

ESTEBAN. ¡Ah, ya!

TITI. Va pa largo. Este no se casa tan pronto.

ESTEBAN. ¡Quién sabe, mujer! Ya pensaremos.

(Por la escalera baja MANUELA. Al verla, la Marquesa se levanta y la abraza, Lo mismo hace el marqués. Manuela parece triste y preocupada.)

LA MARQUESA. ¡Hija mia!

MANUELA. ¡Marquesa!...

LA MARQUESA. Puedes llamarme madre. Tus papás acaban de concedernos tu mano para Toto.

EL MARQUES. ¡Hija!

MANUELA. ¡Marqués!... ¡Hola, Titi!

TITI. ¡Chica, que sea enhorabuena!

ESTEBAN. ¡Enhorabuena, hermana!

MANUELA. Gracias, gracias. (Abrazando a sus padres.) ¡Papá! ¡Mamá!

SEVERIANO. (Conmovida.) ¡Hija!

VENANCIA. (Emocionada.) ¡Hija!

(Dentro suena el timbre de la puerta de entrada y Esteban se levanta a abrir. En el umbral aparece TOTO, de chaquet y abrigo de tarde.)

ESTEBAN. ¡El novio! ¡Aquí está el novio!

TOTO. Señores...

ESTEBAN. ¡Enhorabuena, chico!

TITI ¡Enhorabuena, Toto!

LA MARQUESA. ¡Enhorabuena, hijo!

TOTO. Gracias, muchas gracias. (Besando primero a Severiano y Venancia y luego a sus padres.) Papá. Mamá. Papá. Mamá. ¡Nela!

MANUELA. ¡Toto!

TOTO. (Sacando del bolsillo un estuche con una sortija y dándosela a Manuela.) Aquí tienes este modesto recuerdo del dia de hoy, fecha que quedará señalada en nuestras vidas.

MANUELA. (Dándole a Toto un estuche igual.) Y aquí tienes tú el mío.

TOTO. Gracias, mujer.

MANUELA. Gracias, hombre.

TITI. A ver, a ver.

ESTEBAN. ¡Que lo enseñen!

MANUELA. (Viendo su anillo,) ¡Chico, qué preciosidad!

TOTO. ¿Te gusta?

MANUELA. Es divino.

VENANCIA. ¡Qué luces!

SEVERIANO. Es mejor el nuestro.

ESTEBAN. ¡Es magnífico!

SEVERIANO. ¡Mejor el nuestro!

TOTO. (Viendo su sortija.) ¡Vaya anillo, caray!

MANUELA. ¿Verdad que es mono?

TOTO. ¿Cómo mono? Es fastuoso.

LA MARQUESA. De muy buen gusto.

TITI. ¡Estupendo!

EL MARQUES. (A Severiano.) ¡Una alhaja, chico!

SEVERIANO. (Maquinalmente al marqués.) ¡Mejor el nuestro! ¡Ah! (Y al darse cuenta de que se lo ha dicho al Marqués, se queda de una pieza.)

TITI. Los dos habéis quedado muy bien.

MANUELA. Chico, muchas gracias otra vez.

TOTO. Las gracias a tí.

MANUELA. ¿Me lo pongo?

VENANCIA. Naturalmente.

LA MARQUESA. Y tú, ponte también el tuyo.

TOTO. Es una maravilla.

SEVERIANO. ¿Qué? ¿Tomamos el té?

VENANCIA. Cuando queráis.

SEVERIANO. ¡Anda, Nela, que nos sirvan el té!

MANUELA. Ahora mismo. Ya está preparado. (Toca el timbre y aparece VICENTA por la escalera.) ¡El té!

VICENTA. Al momento, señorita. (Vase por la escalera.)

VENANCIA. (A Manuela.) Sube tú a ayudarle a la chica, que no podrá con todo.

MANUELA. Voy. (Vase por la escalera.)

ESTEBAN. Quitaos los abrigos. ¿No tenéis calor?

EL MARQUES. Yo sí.

TOTO. Y yo también. (Se quitan los abrigos;)

EL MARQUES. Hay demasiada calefacción.

VENANCIA. En casa siempre, Seve y yo somos tan frioleros que necesitamos tener los *gladiadores* bombando.

(Por la escalera bajan MANUELA y VICENTA con dos amplias bandejas con dos teteras, pastas, dulces, emparedados, etc. Las colocan sobre la mesa central y van sirviendo entre Manuela, Venancia, y Vicenta. Severiano pone el azúcar cogiendo los terrones con los dedos y luego colocándolos en las tenacillas para echarlos en las tazas. Toda la escena ha de ser animada y brillante.)

MANUELA. ¡El té!

LA MARQUESA. Pues, una temperatura tan alta, así, a diario, yo no la podría soportar...

SEVERIANO. ¿Cuántos turrones, Tata?

LA MARQUESA. Tres. Bien. Así está bien.

SEVERIANO. ¿Tú, Titi?

TITI. Ninguno, muchas gracias.

EL MARQUES. No quiere engordar.

SEVERIANO. ¡Pos, falta le hacía!

VENANCIA. ¿Una pastita, marqués?

EL MARQUES. ¡Encantado!

LA MARQUESA. ¡Tete!

SEVERIANO. ¡Otra taza a la marquesa!

LA MARQUESA. ¡No, por Dios!

SEVERIANO. Creí que la pedías. Como dijiste te, te, pensé que querías más.

LA MARQUESA. Llamaba a mi marido.

SEVERIANO. ¡Ah!

LA MARQUESA. Oye, Tete...

EL MARQUES. ¿Qué quieres, Tata?

LA MARQUESA. (Dándole un emparedado.) Dile a Titi que le dé a Toto.

SEVERIANO. (Lo dicho, que no es una familia; que es un cartel de primeras letras. La t con la a, ta; la t con la i, ti. Tata. Titi.)

(El Marqués le da el emparedado a Titi y ésta a su hermano.)

TITI. De parte de mamá.

TOTO. Gracias.

LA MARQUESA. ¡Son muy ricas las pastas!

VENANCIA. De Viena.

SEVERIANO ¿Te gustan? Llévate unas pocas.

LA MARQUESA. ¡No, por Dios! (Pero que quieras, que no, Severiano saca un sobre usado del bolsillo y le envuelve unas cuantas pastas a la Marquesa, que lo mira consternada.) A casa las traen de «La Villa Mouriscot»

VENANCIA. También son exquisitas.

LA MARQUESA. Pero ningunas como las de Garíbay, en San Sebastián.

SEVERIANO. A mí, las de Garibay, caray...

(En este momento se le cae a la Marquesa la cucharilla al suelo y Severiano se apresura a recogerla, devolviéndosela a la Marquesa después de haberla limpiado disimuladamente en el chaquet.)

LA MARQUESA. ¡Ay!

SEVERIANO. (Dándole la cucharilla.) ¡Perdón!

VENANCIA. ¿Veraneais en San Sebastián?

LA MARQUESA. Vamos todos los años unos días. El verano lo pasamos generalmente, en Pozuelo, donde tenemos un hotelito.

VENANCIA. ¿A Petit puits?

LA MARQUESA. ¿Cómo?

VENANCIA. C'est a dire en francés Pozuelo

LA MARQUESA. Ya.

VENANCIA. Nosotros en Cent Petits puits: Ciempozuelos.

EL MARQUES. Antes solíamos ir a Santander, pero desde que va la Corte...

LA MARQUESA. Se pierde libertad A Tete constantemente le llamaban de Palacio.

VENANCIA. ¡Ah! ¿Vais a Palacio?

LA MARQUESA. Mucho. Como Tete es caballero...

VENANCIA. ¿Del Tuasón, quizás?

LA MARQUESA. ¿Qué?

SEVERIANO. ¡Del Toisón querrás decir, Venancia!

VENANCIA. En francés Tuasòn. Le diphtongue oi, en français se prononce toujours ua.

SEVERIANO. ¡Pa tí la perra gorda!

LA MARQUESA. Pues no, no; no es del Tuasón. ¡De Santiago!

VENANCIA. ¡Ah!

EL MARQUES. Cruz de Carlos III, gran Cruz del Mérito Agrícola, Cruz de San Hermenegildo...

VENANCIA. Eso es lo que le falta a Severiano: una cruz.

SEVERIANO. ¿Teniéndote a tí?

VENANCIA. ¡Patoso!

MANUELA. ¿Queréis otra tacita?

LA MARQUESA. Basta ya, basta ya.

EL MARQUES. Hemos merendado espléndidamente.

SEVERIANO (A Venancia.) Como que se han hinchao. ¡Hoy no cenan!

VENANCIA. ¿Cuando?

SEVERIANO. Hoy. ¡Ay! Perdona, que no me entiendes. ¡Huá!

EL MARQUES. (A Manuela y a Toto.) ¡Bien, pareja feliz! Y ¿en dónde pensais pasar la luna de miel?

MANUELA. ¡Allá veremos!

TOTO. Dependerá del dinero que tengamos.

EL MARQUES. Es verdad que no se ha hablado de eso. ¿Oyes, Severiano, lo que dicen los chicos?

SEVERIANO. No. ¿Qué dicen?

EL MARQUES. Que el viaje de boda no lo pueden plantear hasta que sepan con qué dinero cuentan. Yo, por mi parte, doto a mi hijo con nuestra dehesa «La Pulida» sita en Villafranca de los Barros.

TOTO. (¡Caray, ya voy lucido! Unos catorce reales. Tiene cinco hipotecas la dehesa...)

SEVERIANO. Pos, yo a mi chica la daré, en efectivo metálico, cincuenta mil duros. ¿Está bien?

TOTO. ¡Colosal, don Seve!

EL MARQUES. ¡Bonita dote!

LA MARQUESA. ¡Una fortuna!

VENANCIA. ¡Donde lo hay se gasta!

SEVERIANO. ¿Tendréis pa el viajecito?

TOTO. Para dar la vuelta al mundo en zepelín. ¡Chica, cincuenta mil duros! ¡Flojo recorrido! Muchas gracias, don Seve.

MANUELA. Gracias, papá.

TOTO. Iremos a Roma, a Venecia, a Nápoles.

SEVERIANO. ¡Hombre, eso está bien! ¡A Nápoles! ¡Así veréis el *Besugo!*

TODOS. ¿Qué?

EL MARQUES. ¿El *Besugo?*

SEVERIANO. ¡Ese monte que lava! El *Besugo!*

(Todos se rien.)

EL MARQUES. ¡Pero, no seas batata, Severianete!

SEVERIANO. ¿Cómo?

EL MARQUES. Se dice el Vesubio.

SEVERIANO. ¿El Vesubio?

EL MARQUES. ¡Claro!

MANUELA. ¡Claro, papá!

SEVERIANO. Tos los días son de aprender. Perdonen ustedes. ¡Ha sido otro *lazo!* No se me olvidará.

LA MARQUESA. ¡Hombre tan pintoresco!...

VENANCIA. (A Severiano.) ¡Te has colao, Severiano!

SEVERIANO. ¡Pero que con media entrá!

LA MARQUESA. Bueno, Tete, si te parece que ya es hora... (Se levanta.)

EL MARQUES. Cuando quieras.

VENANCIA. Pero ¿qué? ¿Se marchan ya?

LA MARQUESA. No queremos abusar tampoco...

SEVERIANO Marquesa, tú no abusas.

LA MARQUESA. ¡Muy amable! Pero es ya tarde para nosotros.

SEVERIANO. En ese caso... (Esteban y Severiano ayudan a ponerse los abrigos a sus invitados.)

LA MARQUESA. (Besando a Venancia.) ¡Encantada Venancia, de haberte conocido!

VENANCIA. Y yo a tí.

SEVERIANO. Habéis tomao posesión de vuestra casa.

EL MARQUES. Siempre agradecido, Severianete...

SEVERIANO. ¡Adiós, chico! ¿Recibiste aquello?

EL MARQUES. Sí. Ya te lo devolveré uno de estos días.

SEVERIANO. Cuando quieras; no corre prisa. Se lo doy de menos a la chica en el dote y en paz. ¿No te parece?

EL MARQUES. ¡Has tenido una idea! Me parece muy bien.

SEVERIANO. (¡Si no, no cobro!...)

LA MARQUESA. Nela... Este...

ESTEBAN. Marquesa...

EL MARQUES. ¡Adiós, muchacho!

ESTEBAN. ¡Adiós. marqués! ¡Adiós, chica!

TITI. Esta noche vamos al Reina.

ESTEBAN. Ya lo sé.

TITI. ¡Que no me faltes!

TOTO. ¡Adiós, Nela!

MANUELA. ¡Adiós, Toto!

TOTO. ¿Vengo luego?

MANUELA. No. Estoy cansada y me pienso acostar temprano.

TOTO. ¿Hasta mañana, entonces?

MANUELA. ¡Hasta mañana!

VENANCIA. ¡Adiós!

SEVERIANO. ¡Vayan con Dios!

VENANCIA. ¡Muchas gracias por este ratito!

SEVERIANO. ¡Que se repita!

EL MARQUES. ¡No salgáis, que hace frío!

LA MARQUESA. Cierren.

EL MARQUES. ¡Adiós!

LA MARQUESA. ¡Adiós!

(Y con el guirigay propio de toda despedida salen todos por la puerta cancela, menos Manuela que se queda rezagada en escena y cuando se han marchado todos se sienta hacia el foro en actitud pensativa. Vicenta también queda en escena recogiendo el servicio. Dentro continúa el murmullo de la despedida familiar e inacabable.)

VICENTA. ¡Que sea enhorabuena, señorita!

MANUELA. ¡Gracias, Vicenta!

VICENTA. ¡Quién tuviera su suerte!
MANUELA. ¡No me la envidies!
VICENTA. Pero ¿está usté triste?
MANUELA. No.

(Cuando ha cesado el murmullo, por la puerta cancela vuelven a escena ESTEBAN, con aire indiferente y VENANCIA y SEVERIANO, locos de alegría.)

VENANCIA. ¡Qué gente! ¡Qué finura! ¡Qué distinción!
SEVERIANO. ¡Son muy simpáticos!
VENANCIA. (Abrazando a su marido.) ¡Ay, Seve, que ya estamos metidos en el gran mundo!
SEVERIANO. ¡De cabeza!
VENANCIA. ¡Qué alegría tengo! ¡Qué satisfación! Es un encanto codearse con la nobleza y hablarle de tú a unos marqueses. ¿Quién nos lo iba a decir hace veinte años?
SEVERIANO. ¡Calla, calla! ¡Con la de lentejas que hemos tragelao!... (Advirtiendo la presencia de Manuela y acudiendo a ella.) ¿Nela?
VENANCIA. ¡Hija! ¿Qué te pasa? Por qué no has salído a despedirlos? ¿Estás mala? ¿Qué tienes?
MANUELA. (Echándose a llorar en brazos de su madre.) ¡Ay, madre!
VENANCIA. ¡Hija, por Dios!
SEVERIANO. ¡Manuela! ¡Hija! ¿Por qué lloras?
VENANCIA. ¡Cielo mío!
SEVERIANO. ¿Te sientes mal?
VENANCIA. Anda, sube; sube con nosotros. ¡Nenita mia!
SEVERIANO. ¡Hija!
VENANCIA. Pero ¿qué ha sido? ¡Manuela, por Dios!
SEVERIANO. ¡Háblanos! ¡Cuéntanos! ¿A qué ese llanto?
VENANCIA. ¡Hija! Pero ¡qué cosa tan extraña!
SEVERIANO. ¡En un día tan *infausto* como hoy!... ¡Qué contrariedad!

(Y prodigándole consuelo y caricias, Venancia y Severiano desaparecen con Manuela escaleras arriba.)

VICENTA. ¿Qué tendrá?

ESTEBAN. No lo sé. Saberlo, no lo sé. ¡Acaso lo adivine! (Vase por la primera derecha.)

VICENTA. ¡Qué raro! (Continúa en su tarea de recoger el servicio Empujando la puerta cancela, que habrá quedado entornada, entran en escena CANDELAS y DANIEL.)

DANIEL. ¿Se puede?

VICENTA. ¿Quién?

DANIEL. Buenas tardes.

VICENTA. Muy buenas.

DANIEL. ¿Está el maestro?

VICENTA. Arriba está.

DANIEL. ¿Quieres avisarle?

VICENTA. Sí, señor.

DANIEL. ¡Pues anda! Dile que estoy aquí.

VICENTA. Ya mismo. (Vase por la escalera con parte del servicio.)

CANDELAS. ¿Les has visto?

DANIEL. Sí.

CANDELAS. Venían de pedirla.

DANIEL. Ya lo sé.

CANDELAS. Todavía están aquí los restos de la cuchipanda.

DANIEL. (Con rabia mal contenida.) ¡Maldita sea la...!

CANDELAS. ¡Daniel! (Empieza a anochecer,)

DANIEL. ¡Perdóname, Candelas! Soy un miserable, una mala persona.

CANDELAS. ¿Tú?

DANIEL. Te he engañao, te he mentido.

CANDELAS. ¿A mí?

DANIEL. Me he puesto en relaciones contigo diciéndote que te quería y no es verdad. ¡No te quiero! ¡Perdóname!

CANDELAS. ¡Lo sabía, Daniel!

DANIEL. ¿Que lo sabías?

CANDELAS. ¡Ni que fuera tonta! Pero tranquilízate. Tampoco yo te quiero a tí. Si me he prestao a la comedia ha sido con el fin de ver si alguno de los dos conseguíamos algo.

DANIEL. ¿Tú también?

CANDELAS. Yo también, Daniel. ¡Pos así que no me gusta na el Esteban!...

DANIEL. ¿Tuvimos el mismo pensamiento?

CANDELAS. El mismo. No sé si fuiste tú el que me lo comunicaste o yo la que lo hizo brotar en tí. Lo cierto es que cuando me hablaste, yo pensé: parece que ha leído mi intención.

DANIEL. Todo inútil. Ya has visto el resultado.

CANDELAS. ¡Quién sabe!

DANIEL. Me ve sufrir y padecer y no se apiada de mí.

CANDELAS. Porque es mala, Daniel.

DANIEL. ¡Qué distinta de cómo la soñaba!

CANDELAS. Pos, despierta de una vez, chiquillo, y no te aflijas. ¡Cuántas habrá suspirando por tí en este momento!

DANIEL. En cambio, yo sólo por ella suspiro.

CANDELAS. ¡Así son las cosas!

DANIEL. ¡Es muy extraña esa mujer, Candelas!

CANDELAS. Si que lo es. No he de negártelo.

DANIEL. Yo no soy un iluso que me crea que valga na, ni tenga na pa interesarle a esa, ni a ninguna, pero sí he de decirte que ella me busca, me acorrala. Sin ir más lejos, ayer estuvo a verme.

CANDELAS. ¿Sola?

DANIEL. Sola. Con el pretexto de que la diera unos cordones se pasó la tarde en la tienda. ¡Si hubieras observao qué interés el suyo en saber de mí, en conocer hasta los menores detalles de mi vida!... No me dejaba despachar. Hasta que tuve que decirle: señorita, perdóneme usté que no la atienda, pero estoy solo y fíjese usté la gente que hay en el establecimiento. Entonces, se marchó, pero noté yo que lo hacía contrariá, como a disgusto.

CANDELAS. ¡Pos eso es que te quiere, chiquillo!

DANIEL. ¿Me quiere y se va a casar con otro? ¡Vamos, Candelas!

CANDELAS. Te quiere, Daniel, te quiere. Aunque se case con el Marqués, te quiere.

DANIEL. Es que si se casa, pa mí como si hubiera muerto.

CANDELAS. Pos, te quiere; no te quepa duda. ¡Mira que las mujeres somos muy raras! Y yo te digo que cuando una mujer busca a un hombre es por que le interesa. Háblale tú hoy mismo, si puedes, y sal de una vez de tu agonía.

DANIEL. ¿Crees que no lo he intentao en muchas ocasiones? Pero me veo frente a ella y no sé qué me pasa que to mi coraje se viene al suelo y me quedo embobao mirándola y no acierto a pronunciar ni una palabra. ¡Me puede, me domina! Y ella lo sabe. ¡Lo malo es que ella lo sabe!

(Por la primera derecha sale ESTEBAN.)

ESTEBAN. ¡Hola! ¿Estábais aquí?

CANDELAS. Esperando a tu padre. Daniel tiene que darle unos papeles...

ESTEBAN. Ya.

DANIEL. (A Candelas.) Y lo tuyo con éste ¿qué?

CANDELAS. Pan comido.

DANIEL. ¡An! ¿Sí?

CANDELAS. Le dura al lao la perrita de aguas el tiempo que a mí me dé la gana,

DANIEL. ¿Es posible?

CANDELAS. ¡Lo has de ver!

(Por la escalera baja MANUELA.)

MANUELA. Oye, Este, que dice papá... (A Candelas y Daniel.) Buenas tardes. No sabía que habíais venido.

CANDELAS. Pos, no llevamos aquí más que media hora.

MANUELA. Es fácil que no le hayan dado el recado a papá, porque estaba en mi cuarto acompañándome. Me sentí algo indispuesta, de pronto...

DANIEL. ¿Ha estado usté mala, señorita?

MANUELA. Un ligero malestar. Nervíos, Daniel, Nada, por fortuna. Ya pasó.

DANIEL. Más vale así.

CANDELAS. (Empujando a Esteban hacia la primera derecha.) ¿No me tenias tú que enseñar unos dibujos?

ESTEBAN. ¿Yo?

CANDELAS. ¡Unas cosas de bordaos que habías traido de Londres!

ESTEBAN. ¡Ah, sí!

CANDELAS. ¡Pos, anda!

ESTEBAN. ¡Pero, chica!

CANDELAS. ¡Que andes, hombre! No te pongas pesao.

ESTEBAN. ¡Bueno, bueno! (Desaparecen los dos por la primera derecha; él empujado por ella.)

MANUELA. ¿Cómo dejas a tu novia que se vaya así, con otro hombre?

DANIEL. Porque ya no es mi novia, señorita.

MANUELA. ¿Habéis reñido?

DANIEL. Ni siquiera eso. Nos hemos convencido los dos de que no nos queríamos.

MANUELA. Y, entonces, ¿cómo os pusísteis en relaciones?

DANIEL. ¡Qué sé yo!

MANUELA. A ella quien le gusta es mi hermano.

DANIEL. Lo sé.

MANUELA. ¿Lo sabes y te conformas? ¡Hijo, qué sangre tienes! ¡Es de horchata!

DANIEL. Como no me importa...

MANUELA. Yo creo que si te importara harias lo mismo. Eres de una pasividad...

DANIEL. ¡Está usté equivocá, señorita!

MANUELA. (Provocativa.) ¿Sí?

DANIEL. ¡Si, señorita!

MANUELA. Si te importara ¿qué harias?

DANIEL. ¡Lo que voy a hacer contigo!

MANUELA. (Sorprendida.) ¿Qué?

DANIEL. ¡Que ya no callo más! Si te enfadas, como si no te enfadas, yo tenia que decírtelo y ya lo sabes.

MANUELA. ¡Daniel! Pero ¿te has vuelto loco, muchacho?

DANIEL. Loco me tienes tú desde que viniste, Manuela. Y a un hombre como yo no se le puede poner en el disparadero.

MANUELA. ¡Chico, vuelve en ti, recapacita, cálmate! ¿Qué te ha entrado de pronto?

DANIEL. ¿De pronto y vengo dias y dias mascullando retama? Y esto habia de llegar; tú sabias que había de llegar y ya ha llegao.

MANUELA. Pero ¿qué es lo que ha llegado? ¡Explicate!

DANIEL. ¡Que tú no te casas con ese niño litri, mientras yo viva!

MANUELA. ¡Daniel! (Va haciéndose de noche.)

DANIEL. ¡Que no, vamos, que no! Porque antes lo mato a él, te mato a tí y me mato yo luego.. (Cogiéndola violentamente y estrechándola en sus brazos sin que ella oponga resistencia.) Pero ¿verdad que no tengo que matarte? ¿Verdad que tú me quieres? (ESTEBAN y CANDELAS asoman la cabeza por la primera derecha.) ¡Pos, claro, que es verdad, si en mis brazos vuelves a temblar como entonces! ¿Recuerdas? ¡Como entonces! Lo mismo que aquel día que me dijiste con una vocecita muy dulce, que aún me suena al oído: te quiero, Daniel, te quiero, y me acordaré de tí siempre, siempre. ¿Recuerdas, chiquilla de mi alma?

MANUELA. (Reaccionando.) ¡Vamos, hombre! ¡Gracias a Dios!

DANIEL. ¿Qué?

MANUELA. ¡Que así te quiero! Creí que no habias de decidirte nunca. ¡Ya era hora!

DANIEL. ¿Cómo?

MANUELA. ¡Ya era hora! Me fastidiaba tu gesto humilde, resignado.,,

DANIEL. Y ¿qué íba a hacer?

MANUELA. Lo que has hecho hoy; que el hombre que

quiere a una mujer, nó deja así porque sí que le arrebaten su cariño; lo defiende a mordiscos, si hace falta. Y si ella no accede por buenas, se la obliga a acceder por malas. ¡Así! Como lo has hecho.

CANDELAS. (¡Es más chula que yo!)

DANIEL. Es que yo temía...

MANUELA. ¡Qué habías de temer! ¡Pamplinoso!

CANDELAS. ¿Se os puede dar la enhorabuena?

(Sale a escena con Esteban.)

MANUELA. ¡Candelas!

DANIEL. ¡Esteban!

ESTEBAN. ¡Así tenía que ser y así ha sido! ¿Lo ves, hermana, lo ves?

MANUELA. Mira, tú tendras que hablar con esa. ¡Déjanos a nosotros! (Y se marcha con Daniel hacia la «serre» donde se sientan muy amartelados.) ¡Vente, Daniel!

CANDELAS. ¿Te parece?

ESTEBAN. A lo mejor, lleva razón. (Se sientan en el sofá de la izquierda. Es noche completa. Por la escalera bajan VENANCIA y SEVERIANO. Al dar luz al hall, dando vueltas a la llave que estará al pie de la escalera, se sorprenden al encontrarse el cuadro de los enanorados. Estos se levantan. avergonzados y confusos. Venancia lleva puesta una bata de casa y Severiano un batín.)

VENANCIA. ¿Eh? ¿Qué es esto?

SEVERIANO. ¿Qué es esto, hijos míos?

ESTEBAN. Nada, nada; no hay que asustarse. Esto es que Daniel se casa con Manuela y Candelas conmigo. ¡Nada más natural!

VENANCIA. ¿Cómo?

SEVERIANO. ¿Qué?

VENANCIA. ¿Y los Marqueses?

ESTEBAN. Un sueño que pasó.

SEVERIANO. ¿Eh?

VENANCIA. ¿Qué dices?

ESTEBAN. ¡Nos volvemos a la calle de Toledo!

VENANCIA. ¡Mi madre!

SEVERIANO. ¡Releñe!

ESTEBAN. Los dos negocios, el del señor Isidro y el nuestro, se fundirán en uno.

SEVERIANO. ¡Arrea!

ESTEBAN. Tiraremos nuestra casa y la volveremos a levantar de nuevo, poniéndola a tono de la corriente moderna y allí, todos juntos, a trabajar; a trabajar en lo que ha sído siempre vuestra vida y de hoy en adelante será también la nuestra. ¿Qué os parece?

VENANCIA. ¡Pero estos chicos han perdido el juicio! ¿Otra vez a la calle de Toledo?

SEVERIANO. ¿Y Tata, Tete, Titi, y Toto? Y ¿pa eso me he pasao yo tres meses sudando tinta china con el profesor de inglés?

VENANCIA. ¡Vamos, hijos míos! ¿Ahora que me encontraba yo tan a gusto tratando con la aristocracia?

SEVERIANO. (A Esteban.) Y no eso solo, sino que tú me dirás con quién juego yo al mus, después de haber sido por culpa vuestra la irrisión del barrio.

ESTEBAN. Ya encontrarás partida, papá. No te preocupes.

VENANCIA. Nous a faît la Marcel el primogénito!

ESTEBAN. Piensa, padre, que esto es nuestra felicidad.

SEVERIANO. ¡Me lo has encandilao, Candelillas! Bien, bien. Si por la felicidad de ellos nos hemos sacrificao tantas veces, hacerlo una vez más... ¿Verdad, Venancia? (Marcando mucho el nombre.)

VENANCIA. Tienes razón Severiano (Marcando el nombre como él.)

MANUELA. ¡Ay, qué buenos son mis papaítos!

SEVERIANO. ¡Hijos!

ESTEBAN. En la fachada de la tienda mandaremos colocar una gran muestra que diga: «Fábrica de curtidos de Paredes Hermanos y Compañía » ¿Está bíen?

SEVERIANO. Conforme. Pero, pa que no sean desaprovechaos del to estos meses que nos habeis dao de martirio, permitirnos poner a cada lao de la puerta principal unas tablitas, con la siguiente inscripción.

VENANCIA. (Adivinando el pensamiento a su marido.) Ya sé por donde vas.

SEVERIANO. ¡Pos, claro, mujer!

VENANCIA. On parlais français.
SEVERIANO. English spoken.
(Y entre abrazos y júbilo de todos cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid-Valencia, Diciembre de 1929.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Cuarta edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete, en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)
Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.
La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.
La caseta de la feria, comedia en tres actos.
Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

La mujer de su casa, sainete.
El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.
Inmaculada, comedia en tres actos.
Constantino Pla, comedia en tres actos.
El clavo, comedia en tres actos.
El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición)
Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.
El primo, comedia en tres actos.
La negra, comedia en tres actos.
Pimienta, comedia en cuatro actos.
La señorita Primavera, comedia en tres actos.
Colonia de lilas, comedia en tres actos.
La Prudencia, comedia de costumbres populares, en tres actos.
Mimi Valdés, escenas de la vida moderna, en tres actos.
Lola y Loló, comedia en tres actos.
Los pollos «cañón», comedia en tres actos.
La mujer de su marido, sainete con música del maestro Pabio Luna. (Adaptación lírica de «La mujer de su casa».)
La educación de los padres, comedia en tres actos.
La vieja rica, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.)

BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID

EJEMPLARES RESERVADOS ÚNICAMENTE
PARA EL SERVICIO DE CUEPARIAS